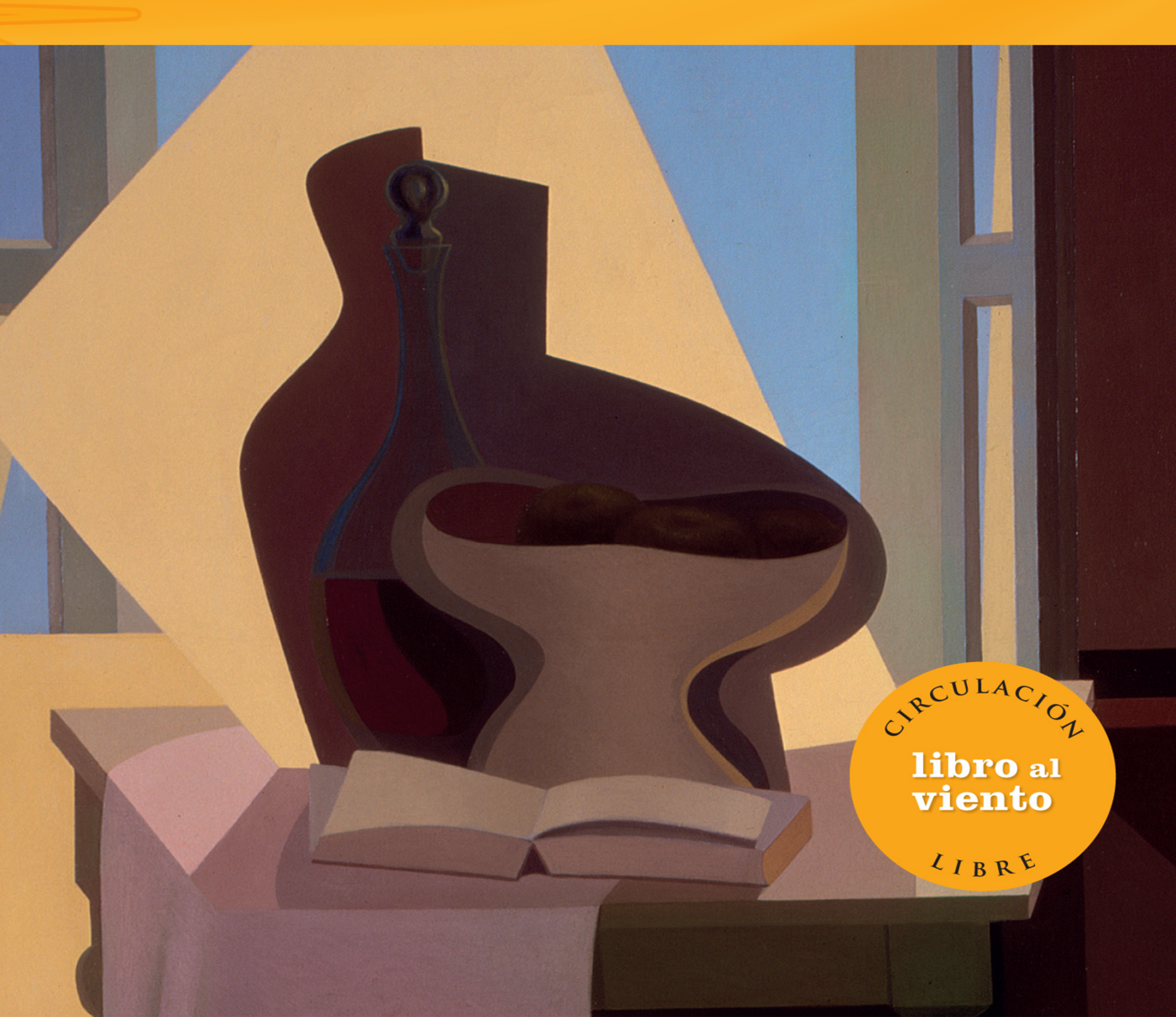
Once poetas argentinos





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Once poetas argentinos

Selección y prólogo
Susana Szwarc

Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Ana Catalina Orozco Peláez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavídez Hernández, María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, abril de 2018

Imágenes: carátula: detalle de *Libro en blanco* (1946), óleo sobre tela (92 × 73 cm) de Emilio Pettoruti, Colección Cancillería Argentina; detalle de bandera diseñada por www.slon.pics / Freepik. Interiores: páginas 26-27, *Buenos Aires a vista de pájaro*, litografía de D. Dolin, circa 1865; viñetas *ClipArt* etc.usf.edu.

Este libro fue publicado con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, el Ministerio de Cultura de la República Argentina y la Embajada de Argentina en Colombia, como parte de las actividades de Argentina, invitado de honor a la XXXI Feria Internacional del Libro de Bogotá, 2018.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-8997-97-1, ISBN (impreso)
978-958-8997-98-8, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @Libro_Al_Viento

Contenido

La muerte de la imaginación
El enfermero jefe...
A la luz...
Quiero la confianza...
Caravaggio...
Sí, la luz es lenguaje...
¿Qué quiere la canción?...
Me separo de la muerte...
La oscuridad...
La luz siempre...

Una polifonía inconclusa

SUSANA SZWARC

CADA VEZ QUE SURGE UNA ANTOLOGÍA se piensa en un mapa que sea capaz de registrar el territorio en su totalidad o, quizás, se intenta trazar una coreografía concebida por una escritura en movimiento que acompañe los pasos de la danza. Desafío imposible de alcanzar y que de manera casi inevitable termina deslizándose hacia una obra inconclusa.

Por otra parte, en cada oportunidad que se da de leer poesía, que se efectúa una entrega de ella, se trata sobre todo de brindar un don, el don implícito de todas las expresiones artísticas (de allí el agradecimiento). Sabemos que, como marca indeleble, en una antología es más lo que queda fuera de ella que lo que se incluye. Por tal razón este prólogo intentará revertir algo de esta situación, un ápice, a esta condición inevitable. Y el antólogo (la antóloga) –que bien podría ser un personaje de Kafka, como el cartógrafo que realiza el mapa del imperio– descarrilla en una tarea imposible. En medio de este reconocimiento de los límites, trataremos de avanzar.

Una enorme heterogeneidad ha marcado a la poesía argentina desde las vanguardias de comienzos del siglo XX. Si bien el estridentismo mexicano, el creacionismo de Huidobro o las inmensas voces de Vallejo y del primer Neruda, como la experimentación continua del colombiano León de Greiff, muestran que este proceso ha sido un fenómeno común a toda Hispanoamérica, tal vez en Argentina esta experiencia se ha llevado a un punto difícilmente comparable con otros países de la región.

Una larga lista (por problemática que parezca) que incluya los nombres de Macedonio Fernández (1874-1952), Oliverio Girondo (1891-1967), Alfonsina Storni (1892-1938), Juan L. Ortiz (1896-1978), Jacobo Fijman

(1898-1970), Jorge Luis Borges (1899-1986), Silvina Ocampo (1903-1993), Enrique Molina (1910-1996), Amelia Biagioni (1916-2000), Manuel Castilla (1918-1980), Alberto Girri (1919-1991), Edgar Bayley (1919-1990), Olga Orozco (1920-1999), Ricardo Zelarayán (1922-2010), Joaquín Gianuzzi (1924-2004), Roberto Juarroz (1925-1995), Francisco Madariaga (1927-2000), Raúl Gustavo Aguirre (1927-1983), Walter Adet (1931-1992), Leónidas Lamborghini (1927-2009), Miguel Ángel Bustos (1932-1976), Horacio Castillo (1934-2010), Hebe Solves (1935-2007), Alejandra Pizarnik (1936-1972), Mario Morales (1936-1987), Celia Gourinski (1938-2008), Enrique Puccia (1941-2001), Susana Poujol (1950-2009) y Néstor Perlongher (1949-1992) podría estar acompañada por otra similar, igualmente copiosa, que contenga otras voces, empezando por la de Lugones (1874-1938) y siguiendo por Ricardo Molinari (1898-1996) o Carlos Mastronardi (1901-1976). O incluso una tercera conformada por aquellos que nos dejaron sus inconfundibles voces hace mucho menos tiempo, como Horacio Preler (1929-2011), Juan Gelman (1930-2014), Macky Corbalán (1963-2014), Juana Bignozzi (1937-2015), Jorge Leónidas Escudero (1920-2015), Jorge Ariel Madrazo (1931-2016), Inés Manzano (1950-2016), Máximo Simpson (1929-2016), Leonardo Martínez (1937-2016), Hugo Padeletti (1928-2018).

Sin embargo, el trazado de cualquier línea de tiempo, en lo que respecta a la poesía, induce a numerosos equívocos, el principal de los cuales es que el diálogo que hay entre sus hacedores y los lectores se va modificando de manera continua. Macedonio Fernández, que ha nacido el mismo año que Lugones, comenzó su verdadera irradiación de manera póstuma, construyendo con sus textos una contemporaneidad y una vigencia estética deconstructiva muy inusual en nuestras letras. Refiriéndose a la improbable presentación de un libro, Macedonio nos continúa transmitiendo su irreverente humor desde un misterioso presente: «Este libro viene a llenar un gran vacío... con otro».

Esta heterogeneidad de la poesía argentina se encuentra en consonancia, además, con las diversas expresiones artísticas: plásticas, musicales, dancísticas, teatrales. Hay una larga oscilación entre la innovación y lo

tradicional, lo cual se observa muy nítidamente en el nombre con que Oliverio Girondo bautizó su revista de vanguardia: *Martín Fierro*. Y, saliendo de la frontera (o volviendo a ella), no podemos olvidar cómo el modernismo y Rubén Darío produjeron un quiebre respecto a la influencia de la poesía peninsular, con medio siglo de anticipación a lo que constituyó el modernismo brasileño.

Transcurrido casi un siglo de la aparición de las revistas *Proa* y *Martín Fierro*, todavía se percibe la larga duración de un amplio espectro experimental en la producción poética argentina, como si «la tradición de la ruptura», sobre la que reflexionara con agudeza Octavio Paz, hubiera venido para quedarse definitivamente. Las vanguardias de comienzos del siglo XX fueron reinventadas en las décadas posteriores, de tal forma que nuevos grupos, muy diferentes entre sí, en sucesivos momentos, también tuvieron la ilusión de que podían comenzar *a partir de cero*. Además de grupos de poetas nucleados alrededor de distintas publicaciones específicas del género, que han llegado a constituir corrientes estéticas más o menos reconocibles: *Poesía Buenos Aires*, *Poesía=Poesía*, *Tarja*, *Último Reino*, *Alguien llama*, *Danza del Ratón, Diario de Poesía, Barataria*, por citar solo algunos ejemplos, quizás ninguna de ellas ha sido tan fuerte como el caso del surrealismo en Argentina, donde en estas voces, pese a su fuerte individualidad, se constatan parentescos claramente identificables y una voluntad manifiesta de adhesión. En el proceso de «larga duración», al cual pertenecen de parte entera el lenguaje y la poesía, resulta extremadamente difícil precisar los límites y establecer las fronteras entre una corriente y otra, e incluso entre una lengua y otra. La escritura y la lectura nos llevan de paseo por las napas de la historia (hasta, hacia y en el presente en construcción). A inventar y reinventar imágenes que subvierten y redoblan la vida.

Al hablar de la poesía surrealista argentina, Miguel Espejo nos señala que «los procesos literarios, sus corrientes y movimiento [...], son ubicuos y versátiles y, estrictamente, no pueden ser situados en terrenos muy delimitados». Ahora bien, cuando decimos poesía argentina, me pregunto, les pregunto –así como cuando nombramos cualquier otro país de nuestra

Latinoamérica– ¿hablamos también de la actual poesía de los pueblos indígenas que se va desplegando en libros, revistas, antologías, y se da a reconocer tanto en español como en sus respectivas lenguas? Hay varias antologías, entre ellas la de *Poesía de mujeres mapuche, selknam y yámana,* realizada por el poeta Cristian Aliaga y que publicó Ediciones Desde la Gente en el 2010. En el 2008 el Instituto de Cultura del Ministerio de Educación del Chaco creó una colección de libros de autores indígenas. Un ejemplo es *Ecos de la resistencia*; *Pajlhayis Kajiayayaj Pak*, de Audencio Zamora Leckott (edición en castellano y wichí).

En esta antología de *Once poetas argentinos*, que se publica con motivo de ser nuestro país el invitado de honor de la Feria Internacional del Libro de Bogotá, resuena el significante once, un número que se presta a interpretaciones cabalísticas, a las que era aficionado Borges. La cábala tiene numerosos vasos comunicantes con el «azar objetivo» de los surrealistas. Es en estas tierras atravesadas por inmigrantes de casi todos los lugares del planeta, más las voces indígenas y criollas, donde Aldo Pellegrini constituye el primer grupo surrealista de América Latina, en 1926, apenas un par de años después de que se publicara el célebre manifiesto de Breton. El conocimiento del manifiesto les llega a este grupo de jóvenes por una revista de medicina, lo cual nos revela que las llamadas vanguardias se improvisaron, en sus orígenes, mucho más que cuando posteriormente se decantaron. Una mujer, entre muchas otras, fue partícipe de este grupo y continuó su vida entera escribiendo: María Meleck Vivanco (1921-2010).Transcribo un fragmento de un poema suyo (y quisiera de cada poeta poner poemas):

> [...] *De una ciudad a otra, profetizaba grandes diluvios blancos*
> *Incendios reflejados en*
> *palmares ocultos*
> *Había un caballo hermoso que misteriosamente me seguía*
> *Como la lluvia*
> *voluptuosa en mi camisa, que desgranaba un girasol de ruidos*
> *No convenía ilusionar entonces*

Los pies desnudos sobre púas [...]

Con el número once algunos podrán pensar de inmediato en un equipo de fútbol, pero en lugar de once individuos arrojados tras una pelota, son once poetas arrojados a página nunca completamente blanca. El entramado del fútbol y la cultura popular argentina es inextricable. Poco después de la muerte de Borges se le preguntó a un hombre de la calle qué significaba para él este poeta. Su respuesta futbolera es también de antología: «Borges es el Maradona de la literatura».

Siguiendo con el once comprobamos que el verso endecasílabo, prestado del italiano, fue de un uso privilegiado en nuestro idioma desde la época de Garcilaso de la Vega (no en esta ocasión el «Inca») y ha llegado con vitalidad hasta fines del siglo XIX, poco antes de que las vanguardias propusieran, a nivel planetario, el fin del reinado de los cánones y de las preceptivas tradicionales.

El significado del once se multiplica por doquier: es, entre tantas cosas, el primer número primo de dos cifras. Para el tarot, el arcano mayor 11 representa la fuerza, la creación, elementos centrales de la expresión poética. En la cábala se relaciona con la con letra kaf (כ); (*kaph*, palma de la mano que se vincula a *koah*, fuerza). Y otras fórmulas aconsejan, a los poseedores de ese número, evitar el gasto de energía en empresas insensatas. Ya Mallarmé hablaba de la insensata tarea de escribir, proponiendo con *Un golpe de dados* un modo de asociar el lenguaje y el azar a la imposible tarea de nombrar el universo.

Podríamos recordar también a Karl Marx y sus tempranas y célebres *Tesis sobre Feuerbach*, donde tan bien nos mostraría que esa división, esa dicotomía entre naturaleza y sociedad, llevaría a formas canallescas de «naturalizar» las sobreexplotaciones. En su tan conocida tesis número once dice: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo».

La referencia a Marx no es caprichosa. Nuestra poesía estuvo surcada por la cuestión social. Los famosos grupos de Florida y Boedo, que interpretaciones posteriores les asignaron roles definitivos y antagónicos,

cuando había varios de ellos que frecuentaban a ambos (y especialmente se puede subrayar el nombre de Raúl González Tuñón), muestran que el debate entre una poesía preocupada exclusivamente por cuestiones subjetivas y/o estéticas y otra que trataba de expresar el «dolor social» por las circunstancias de los desfavorecidos de nuestra sociedad, se ha prolongado, bajo otras formas lingüísticas, hasta nuestros días. Juan Gelman diferenció perfectamente filosofía de poesía, y en el poema «Confianzas» nos expresaba:

«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice
se sienta a la mesa y escribe.

Y *once* también es, en inglés, «una vez». Volviendo después de estas divagaciones a las que siempre induce la numerología, al campo poético que nos corresponde. Tenemos nuestros once poetas. Vivos. Entre ellos me incliné por un recorte de los que nacieron entre 1945 y 1955, salvo Liliana Ancalao que lo hizo en 1960, es decir, pertenecientes a una generación o dos posteriores a los autores mencionados al comienzo, que marcan el principal entramado sobre el cual se ha desarrollado toda la poesía argentina del siglo XX, con excepciones como la de Antonio Porchia (1885-1968), considerado por André Breton «la mayor expresión poética de la lengua española».

Todos ellos escribieron en democracia-dictadura-democracia y, en su mayoría, escribieron ya lo principal de su obra poética. Sobre ellos, precisamente, prefiero no hablar, en principio porque los lectores pueden juzgar y descubrir por sí mismos sobre la riqueza y el valor de estas voces diversas, pero también porque de ese modo puedo al menos citar algunos de los muchos nombres que quedaron fuera de esta antología. Tampoco estas menciones pueden ser exhaustivas, por la naturaleza misma de este prólogo, que quiere ser más una invitación que una explicación.

El poeta no está afuera de su contexto, aunque está allí de un modo distinto al de un narrador. Hay una parte de él, como nos enseñara John Berger, que es atemporal, pues el poeta está esencialmente vinculado al idioma que lo contiene y a algo que lo hace escapar de alguna manera a aquello que lo rodea. Está alternativamente adentro y afuera, porque habla de la condición humana en lo que ella tiene de más huérfana y desnuda.

Antonio Requeni (1930) posee una larga trayectoria que ha merecido numerosos reconocimientos desde sus primeras publicaciones en la década de 1950, hasta su reciente antología *La palabra en el tiempo* (2017), publicada en España. Mucho antes, el escritor y notable cineasta Edgardo Cozarinsky había sostenido que

> la prodigiosa capacidad de lirismo que alienta en la poesía de Antonio Requeni es de las más inesperadas. He aquí a un poeta que no teme hacer suyos los temas de la gran poesía lírica universal y afronta esa riesgosa confrontación para hablarnos de la infancia perdida, del amor soñado y vivido, de la amistad o de la música, no solo con acento personal sino con poderosa, inconfundible sinceridad.

La llamada Generación del 60 introdujo en nuestra poesía un tono conversacional que no había existido antes de ella. La mayor parte de estos intentos de prosificar el verso no sobrevivieron a la usura del tiempo, pero aportaron un indiscutible tono que se notó especialmente en la región del Río de la Plata y de Buenos Aires. Horacio Salas (1938) y Alberto Szpunberg (1940) participaron de la revista *El Barrilete*. Mario Goloboff ha resumido bien los distintos elementos que componen la creación poética de Salas:

> La intertextualidad actúa en [sus] poemas como una vertiente interior y necesaria. Ginsberg, Neruda, Borges, no son citados ni en función de semejanza ni de contradictoriedad; son reelaborados a la luz de una nueva experiencia. Los múltiples discursos de la publicidad, de los medios de difusión y de confusión, todas las otras prácticas semióticas [...] actúan como mensajes de silencio y de muerte.

Y Flavia Soldano dice de Alberto Szpunberg:

> Estar en su letra como un mirlo en la palabra. ¿Qué silba en su poesía? Szpunberg no escribe sobre el papel, escribe en aire, escribe la luz, el sonido, el mirlo. Escribe el gesto del ritmo que pliega la resonancia en la frase, la imagen que nos mueve en la rama y el silencio anidando en el mirlo como en el poema «Adivinanza»:

Ni siquiera la palabra mirlo puede ser el silbido del mirlo,
ni siquiera la belleza entre sus sombras de decirlo,
no solo esa cadencia en el balanceo de las ramas,
sino el silencio al oído que anida en la palabra mirlo
para que el silbido sea solo solamente mirlo:
¿es el temblor de las sílabas únicas en los labios
la claridad del aire como si sus alas me rozaran?

Héctor Miguel Ángeli (1930) nos dice en una entrevista: «Cada poema es un edificio donde un ladrillo de más o de menos atenta contra su equilibrio».

Nicolás Rosa había destacado que

> la poesía de cada poeta está ordenada, en primer lugar y como debe ser, por la vida: una vida donde lo «estético» siempre ha sido el resultado último del sufrimiento de la falta como despojo en lo real; después, por una escritura tan larga como la vida misma, tan pegada a ella que solo puede ser formulada como destino [...] Combustiones alucinantes.

Y, corriendo el riesgo de caer en un catálogo o en las famosas «guías telefónicas» de algunas antologías, no puedo dejar de mencionar a Oscar del Barco (1928). Al excelente, casi secreto, aunque cada vez se hace escuchar más, Aldo Oliva (1927-2000), rescatado hace apenas 15 años (que con del Barco y Luis Benítez, por caminos diferentes, contribuyeron a darle a Juan L. Ortiz una nueva dimensión) y a abrir posibilidades de lecturas, muy actuales, de una poesía del más alto nivel, dotándola de una juventud codiciable.

El salteño Jacobo Regen (1935), otra voz refinada, ha sabido aunar las múltiples dimensiones proporcionadas por las variadas vertientes de su formación cultural. Y Marcos Silber (1934) quien, con su intensidad poética, nos hace encontrar, siempre, *Un destello en la noche / En el cielo de la noche*.

Hay muchos otros poetas que quisiera nombrar, porque me hubiera gustado incluirlos, pero es imposible dada la limitación inicial de once poetas que tiene la antología. Vaya entonces como una especie de disculpas la mención de Carlos Aprea, Cristian Aliaga, Luis Argañaraz, María Teresa Andruetto, Adela Basch, Manuel Bendersky, Luis Benítez, Jorge Boccanera, Daniel Calmels, César Cantoni, Marta Ciewlong, Dolores

Etchecopar, Héctor Freire, Celia Fontán, Javier Galarza, Hilda Guerra, Juan Fernando García, Nora Hall, Liliana Lukin, Claudia Masin, Eduardo Milleo, Vicente Muleiro, Marta Ortiz, Graciela Perosio, Víctor Redondo, Rogelio Ramos Signes, Mario Sampaolesi, Mónica Sifrim, Marcos Silber, Víctor Redondo, Rolando Rebagliatti, Hugo Rivella, Mercedes Roffé, Hugo Savino, Alejandro Schmidt, Patricio Torne, Beatriz Vignoli, Susana Villalba. Cada uno con una voz peculiar, agregando algo al mundo.

Y aun así quisiera seguir nombrando a los poetas más jóvenes, una mayoría de los cuales no pertenece a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires sino que cada uno/a va moviendo con su palabra «los centros geográficos»; por ejemplo, Carlos Aldazábal, Jotaele Andrade, Anahí Lazaroni, Gustavo Caso Rosendi (que combatió en Malvinas y nos legó su libro *Soldados*, entre varios), Eduardo Rezzano, Sandra Cornejo, Paula Jiménez España, Gabriela Franco, María Malusardi, María Laura Prelooker, Lidia Rocha, Nancy Toselli, y tantos otros haciendo desde donde están el centro del mundo, pues el vaivén de la producción poética es centrífugo y centrípeto al mismo tiempo.

La poeta Laura Estrin nos dice:

> Escribir poesía pasa a ser un trato con el nombre de las cosas: nombrar las cosas para tenerlas, fina saciedad del que escribe fragmentos [...] Escribir es un terrible malentendido permanente con los otros. Malentendido que se acrecienta y que nada puede atenuar [...]

y Hugo Savino:

> Es hora de aceptar que las grandes obras se escuchan en uno, se procesan, se gustan en la boca, las inventamos en la mirada, se gestualizan, se usan para vivir (y) esa actividad loca es su historicidad [...] Uno escribe como yéndose a cada momento pero a la vez, resistiendo, esperando que la palabra más propia ocurra [...].

Quisiera recordar unas palabras de Georges Bataille, que se despliegan casi como un oxímoron:

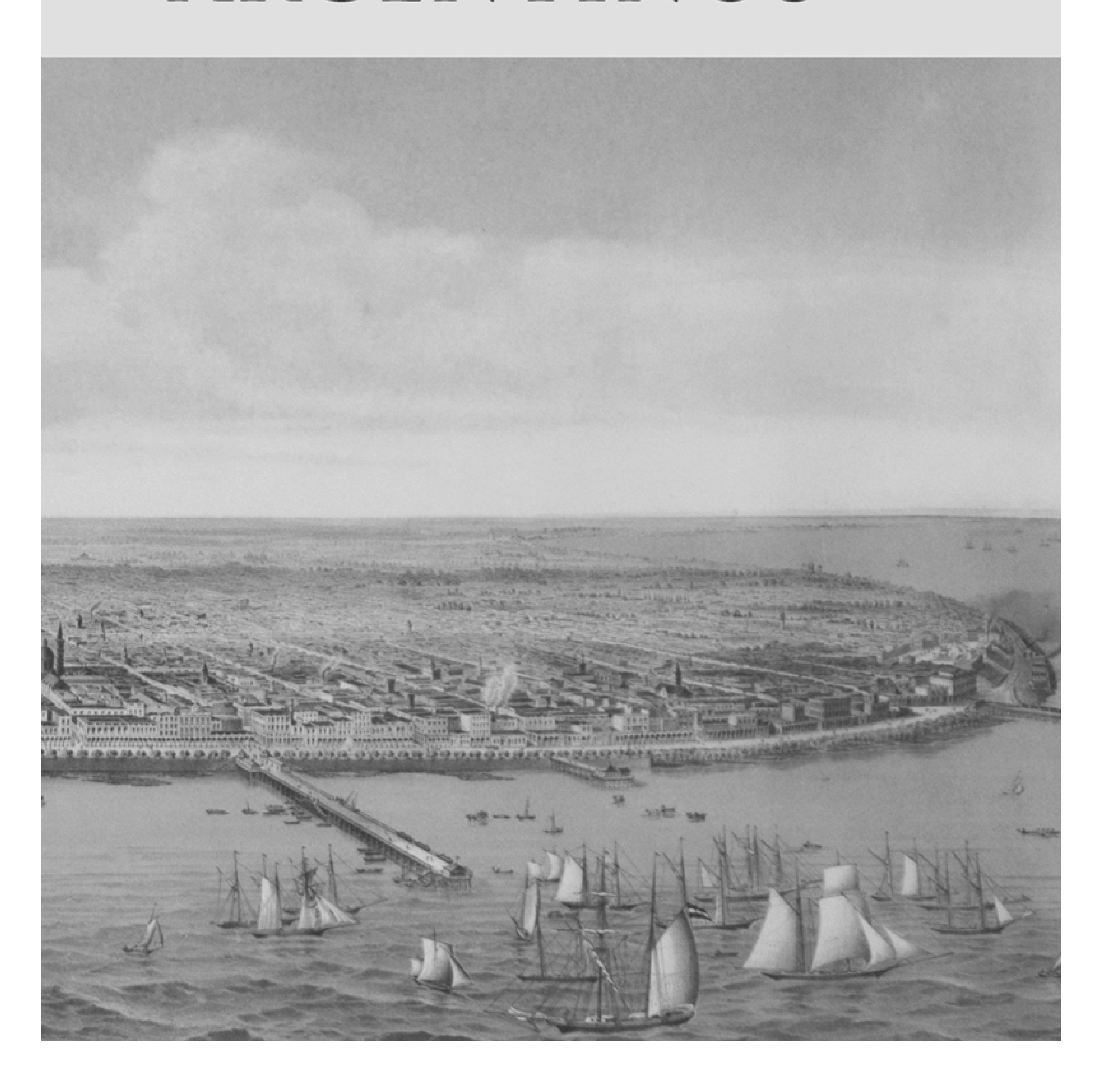
> El fracaso de la literatura por medio del ejercicio implacable de la literatura. Por ello se trata de un juego mortal: porque es imposible, y ha dejado por tanto de ser un juego. Es un testimonio personal, cuya grandeza emana del desgarramiento y de su poder poético, y la inspiración de la combinatoria libertad-exceso, que desemboca en la nada.

Como puede observarse, una de las tareas de la poesía es cumplir el suplicio de Sísifo, donde lo único verdadero es el recomienzo.

Finalmente, decir que Argentina es un país de una inmensa riqueza poética. Es ese su «Estado de gracia» y de transformación permanente, como nos lo muestra Susy Shock –escritora distinguida por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires– en este poema:

En el mar de tus formas
mis manos enredaderas se deforman,
nunca serán binarias, no, nunca.
A veces, te o me masculinizan
y otras, féminas de algas, te inventan el sueño,
a veces, son animal araña
o bestia pajarito,
o a veces agotadas de tanta biología,
son simplemente éter,
o centrífugo luz,
o vino tinto cósmico, ponele.
Ayer, por ejemplo, ¿te acordás?, fuimos lágrima,
¡ay!, ese rato de llorarnos el cuerpo,
el sudor, el gemido, el ardor
y al instante, madres tierra de nuestro abismo.

Once poetas argentinos



Liliana Ancalao (1961)



Nació en Comodoro Rivadavia. Pertenece a la comunidad mapuche-tzúnika Ñamkulawen. Junto a los trovadores patagónicos difunde su poesía desde la oralidad. Es aprendiz de su lengua materna mapuzungun y, como parte de la comunidad Ñamkulawen, promueve actividades de fortalecimiento cultural y Experiencias de Educación mapuche. Es profesora en Letras e investigadora por la UNPSJB. Publicó, como poeta: *Tejido con lana cruda* (2001), y *Mujeres a la intemperie-puzomowekuntumew* (2009), ambos poemarios reeditados en 2010 por El suri porfiado. Reunió sus ensayos en *Kümemiawmi- Andás bien* (2016).

SOLICITUD DE DESAMPARO

habiendo reunido cada requisito
en mis treinta y años residiendo estable
llegada a esta instancia
este día lunes seis de la mañana
con un sol certero que se me ha clavado
justo en la parada

solicito a ustedes innovar
así casi formalmente
una firma apenas que me dé permiso
unas cuantas lunas

hace rato siento que me está faltando
la sangre en la sangre
y me he permitido tramitar un viaje
hasta mis regiones las más abisales

por si me demoro
por si tarda el lago en recuperarme
con imagen clara
tengan comprobante de que fue a pedido
y no sientan pena de cubrir vacante

adjunto las copias de certificados
de buena salud y de buena conducta
los estudios hechos no me han detectado

amor mal curado
ni es delito probo el haber parido hijas
como el fuego

sin quedar a espera y por triplicado
saludo señores señores señores

(de *Tejido con lana cruda*)

YO HE VISTO A LOS CHULENGOS

yo he visto a los chulengos en manada
iluminados por la luna

cuando aparecen ellos
el invierno se entrega
cubierto de pelusas y de lana
he visto el aire estremecido entre sus ancas tibias
y a la libertad y a la ternura
galopando con ellos
sueltas

por la tierra

he visto creo
más de lo que merezco:
he visto a los chulengos desde lejos

yo presiento que he de andar más todavía
quién sabe cuánto
hasta vencer el miedo de acercarme hasta ellos
para medirme en sus ojos tan profundos de espacio
y aceptar el milagro de un silencio de nieve
que desprenda la costra los últimos abrojos

si resisto es posible que me permitan ellos
sumergirme en sus ojos ingenuos infinitos
estaquearme un instante
en el centro del tiempo
ser la libertad ser la ternura
galopando con ellos
sueltos
por la tierra

(de *Tejido con lana cruda*)

A UNA CERÁMICA MAPUCHEVISTA EN UN MUSEO DE TEMUCO

mezcle
en proporciones necesarias
una parte de agua de deshielo
y una parte de arcilla de la mapu

deje el corazón en vuelo
para que regrese a sus padres
y a los padres de sus padres

luego modele entre sus manos tibias
la imagen del principio
guarde la imagen en su ruka
y salga   a respirar el sol

después
vendrán los remolinos
que escupirán del mar
a gente extrañamente hambrienta
en las rocas quedará la impronta
de la sangre y de la lágrima
que correrán en surcos pares

nacerán los hijos y heredarán
una pena y una rabia
que no podrán encontrarse

después
habrá otro giro y otro tiempo en la marea
que dejará en la playa
barcos y hombres de ojos grises
los miraremos de lejos
hasta que nuestros hijos y sus hijos
nos enseñen a abrigarnos
de esta nostalgia azul bajo la misma matra

pero otra vez se soltarán los vientos
que castigan la pobreza sin amparo
y andaremos todos

buscando el árbol al que aferrarnos
para aguantar el cimbrón de los desmadres

y usted el alfarero del principio
ya no estará para acariciarnos el cabello
pero estará la imagen
tras el vidrio de un museo
aguardándonos
con su tierra con su agua

nos miraremos en ella
y un modo de ser más transparente
comenzará a fluir nuestra vertiente
de pena de rabia de nostalgia

habrá como al principio
un gran silencio
contenido

después saldremos
con nuestra imagen fresca
a recibir el sol
a saludar al sol

el sol de siempre

(de *Tejido con lana cruda*)

ESPERANDO A INAKAYAL

Volvió Inakayal. Los huesos del lonko habían
permanecido desvelados demasiado tiempo en la vitrina

de un museo. Volvió para descansar en la tierra.
Mis paisanos lo esperaban en Tecka. Puntuales estaban
allí: Fabiana y Silvia.

las imagino celestes
el frío en las polleras
el corazón desandando la impaciencia

las veo   celestes
de espaldas a la luna
atentas a los signos de la tierra

sagradas y en silencio
por no perderse ni un latido
del tiempo aquel que regresó ese día
a tocarles las manos y los ojos
y las halló   tempranas
sin esquivarle la mirada al viento

merecedoras del rumor en chezungun
... inakayal... lonko... piwke...
en remolinos
hasta aquietar la espera

del fondo azul recorto sus figuras
y las traigo

desde antes y hasta el horizonte
antiñir
cayupán
anay hermanas

(de *Tejido con lana cruda*)

LAS MUJERES Y LA LLUVIA

cuando niñas vamos sueltas por el patio
y el sol nos persigue de a caballo
pero la luna implacable nos va dejando sus mareas
hasta que nos desvela
y esa noche encontramos
un cántaro
en lugar de la cintura

aprendices de machi las mujeres
nacemos así al rocío
listas para mirar los barcos que se pierden
descalzas a la neblina antes de que amanezca
nervaduras de lluvia nuestras manos
levantadas al cielo

te salpicará el amor
parirás sin amarras
y recibirás con ojos arrasados
la visita intermitente de la risa
permanecerá la llovizna en tu vientre
porque no te atreverás a ser la madre
de todos los desamparos
que andan por la calle

caudal desubicado te desarmará
en pájaros que no saben hablar
a borbotones no podrás decir
lo que quisieras
mejor dejarlo que se derrame despacio
decir
permiso tengo lluvia y alejarse

a una altura al mar al cielo
hasta que vuelvan a apretarse los musgos
en las profundidades
yo conozco mujeres que nunca se alejan
le abren la compuerta a sus gorriones
y lloran
enjuagan el trapo mojado lo estrujan
limpian con él la tabla
pican cebollas
igual hacen las camas
barren la casa peinan a los chicos
igual lavan
dónde aprendieron

hay otras que se pasan la vida domesticando
a sus pájaros
porque no quieren que irrumpan sin aviso
y los beba el enemigo
guardan su sangre su ausencia quietos en el fondo
y apuntan con palabras nítidas de cuarzo
que van a dar al blanco

yo a las palabras las pienso
y las rescato del moho que me enturbia
cada vez puedo salvar menos
y las protejo
son la leña prendida de atahualpa
que quisiera entregar a esas mujeres
las derramadas las que atajan sus pájaros

una vez en febrero yo estaba ahí
en el campo
y se llovía todo

parecía la furia de caicai sobre nosotros
el agua estaba helada
las ancianas prosiguieron el ritual
y tuve que quedarme
hasta cuándo aguantaremos
pará la lluvia dios es demasiada
no la bebe la tierra se atraganta
y somos casi nada
trazos de tiza borrados por el agua

después de unos siglos el sol abrió las nubes
la voz gastada de meridiana epulef
levantó el taill del cauelo

pensé que dios podía ser ese arco iris
o los caballos en fila
moro zaino pangaré tostado bayo
saludando al horizonte despejado

huele tan bien la tierra después del aguacero

(de *Mujeres a la intemperie-puzomowekuntumew*)

LAS MUJERES Y EL FRÍO

yo al frío lo aprendí de niña en guardapolvo
estaba oscuro
el rambler clasic de mi viejo no arrancaba
había que irse caminando hasta la escuela
cruzábamos el tiempo
los colmillos atravesándonos
la poca carne

yo era unas rodillas que dolían
decíamos qué frío
para mirar el vapor de las palabras
y estar acompañados

las mamás
todas
han pasado frío
mi mamá fue una niña que en cushamen
andaba en alpargatas por la nieve
campeando chivas
yo nací con la memoria de sus pies entumecidos
y un mal concepto de las chivas
esas tontas que se van y se pierden
y encima hay que salir a buscarlas
a la nada.

mi mamá nos abrigaba
ella es como un adentro
hay que abrigar a los hijos
el pecho
la espalda
los pies y las orejas
dicen así
y les crecen las ramas y las hojas
y defienden a los chicos del invierno
y a veces sale el sol y ellas tapando
porque los brazos se les van en vicio
y hay que sacarles
despacio
con palabras
esos gajos

pero el frío no siempre
lo sé porque esa noche en aldea epulef
dormíamos apenas
alrededor de nuestro corazón al descampado.
eufemia descansaba el purrún del camaruco
y la noche confundió su pelo corto con el pasto

era la madrugada y eufemia despertó
con la helada en el pelo
y el frío esa vez tenía boca
y se reía con nosotras
se está poniendo viejo el frío nos decían
las mujeres aprendemos
tarde
que hay un tiempo en la vida
en que hasta sin intención
vamos dejando una huella de incendio
por el barrio
ni sé por qué la perdemos
y esa tarde yo precisaba
medias de lana cruda para cruzar las calles

en las ciudades el frío
nos raspa las escamas
punza en la nuca
se vuelve más prolijo
en eso andaba y a la noche
había un hombre en mi cama
o era un niño o un muchacho
yo no quería respirar muy fuerte

tiene las manos abrigadas este hombre
entonces por qué me fui

para ver si salía a buscarme o me dejaba
a que los esqueletos de pájaros
se incrusten en mi cara

como el eco del silencio seré
si no me encuentra
por hacerme la linda

encima me da abismo
este frío
sangre azul

(de *Mujeres a la intemperie-puzomowekuntumew*)

UNA FOTO EN LA RUTA 40

desde el río senguer al genoa
no se llega más
por más mate y conversación
que vayamos lavando

si habremos andado por esta ruta
pulamngen
una vez nos dirigíamos a las cenizas marrones del kopawe
otra, nos desconoció el viento blanco
esta vez, volvimos
abriendo la neblina

siempre esforzando la vista
para no perder la huella

las napas de la memoria

se distinguen en la tierra

acá los dinosaurios ennegrecidos en su propio aceite

acá las cenizas de los fuegos que encendió
el de las patas de choike,
el que tuvo que matar a su padre,
el que se fue, enseñándonos la soledad de esperarlo
aún

acá el resoplido de los caballos de Orkeke y Casimiro
en uno de sus viajes
al Manzana Mapu

y acá los sin memoria
los que no levantaban más los brazos a
kalfuwenufuchákalfuwenukushe

acá los hombres curtidos
como para hacer lazos con sus tientos
y sujetar otra vez al chupey toro
al tremendo
al hermoso

bramando como los konas
que se quedaron en los truenos

los truenos que escuchaba nuestra gente
encerrada
y nuestro lonkoInakayal
en los sótanos de ese museo del horror
del holocausto

ay! cómo se va la memoria a la querencia
asciende como el rocío que enfría los tobillos
sube hasta las orillas de estos ríos

y nos detiene un rato en esta ruta

salimos al aire que nos dobla
nos peina como a neneos.
y sacamos una foto
de esta imagen
para la que no necesitamos
el recuerdo.

(inédito)

Jorge Aulicino
(1949)



Nació en Buenos Aires. Publicó, entre otros, los libros de poesía *La caída de los cuerpos*, *Hombres en un restaurante*, *Almas en movimiento*, *La línea del coyote*, *Las Vegas*, *Máquina de faro*, *Cierta dureza en la sintaxis* y el *Libro del engaño y del desengaño*. En 2012 reunió sus trabajos hasta ese año en el volumen *Estación Finlandia*. Tradujo poetas italianos, entre ellos Cesare Pavese, Pier Paolo Pasolini y Antonella Anedda. En 2011 apareció su traducción de «Infierno», de Dante Aligheri. Y en 2015 la traducción de los tres libros de la *Comedia*. Administra el blog de poesía traducida y poesía en castellano *Otra Iglesia Es Imposible*. En 2015 recibió el Premio Nacional de Poesía.

Paisaje con autor

Vivió una escenografía de libros abandonados,
un televisor encendido después de la transmisión
y cigarrillos sin terminar.
Procuraba mirar de frente los objetos:
las roturas del asfalto o las plantas de un acuario.
Pensó en los objetos, soñó con objetos,
vivió rodeado de objetos sin traducción.
El mal y el bien no parecen distintos detrás
de un vidrio tan nítido.
Ahora piensa que el mundo está arreglado
de acuerdo con ciertos propósitos.
Y más allá de ellos los objetos se destiñen sin objeto.
El mundo se rinde de esta manera y uno sonríe
sin entender en qué consiste el triunfo,
mientras el sol brilla sobre una botella en los techos
o escucha los trenes o la lluvia

que vuelve a caer donde había caído y agrega
hongos, óxido, humedad, ciertos olores
a un paisaje que sin embargo no termina de explicarse.

TEO

¿Hay dios? La pregunta, formulada
mientras cae una pelota de goma
escalón por escalón hacia la calle,
suena, cierta en tu imaginación.
pertinente.
No sabés por qué formulaste la pregunta
cuando en tu cabeza la pelota de goma
rebotaba de escalón en escalón.
Y mientras probás construir la imagen
de una puerta situada al final de la escalera
–un manchón de luz– tenés la certeza
de que la pregunta se extingue
aunque la pelota no deja de rebotar
y no llega nunca a la puerta.

BOARDWALK CASINO

Las fantasías y los recuerdos
son, dice, la misma cosa.
¿Dirías que son materia?
¿Son materia los efectos eléctricos?
¿Es materia la luz tamizada
de un día sin sol en un departamento?
Si se pudiera sostener por varios segundos
ante la vista la estructura de la mente,

si con ella se pudiera hacer una foto
como de una montaña rusa iluminada,
sostenida a su vez por marquesinas
como guardas de resplandor amarillo,
qué cierto y rústico sería el desierto,
qué verdad la conquista de un proyecto,
qué real vos y los que pasan y hablan.

Whale's Blow

A causa de la gente amontonada en la barra, no podía
ver a los músicos, hasta que de pronto sorprendí
la imagen del trompetista sobre el vidrio de un cuadro
colocado de manera lateral
y vi la trompeta anaranjada a causa de la mezcla de luces
que comenzó a brillar cada vez más como si hubiese estado hecha
de cobre en fundición.
Asistí a este espectáculo preparado por los dioses solo para mí
estrujando la caja de cigarrillos vacía, el pie sobre un charco de algo,

dolor en las cervicales.

Alondra

Cuando adivinamos el canto en el contraluz del trueno.
Cuando rabiamos contra la rabia que azotaba nuestro techo.
¡Ah, no poder detenerla y ver en los ojos, en las manos
que a nosotros se acercaron el edén del que hablaba tu silencio!
Habías visto, pero ¿qué? No podías decirnos este es el reino,
o aquel. No mandabas espías ni mensajes cifrados
y nuestra lucidez se ahogaba en áspero sollozo.

Era de alquiler el paño de esos trajes
con los que entramos en hoteles nocturnos.
Era triste el ansia, porque era difuso, aunque resonante, el libro.
Nos veías en los silenciosos submarinos, en los desvanes,
en las trastiendas con mapas y compases,
con guías y fascículos, con artefactos descompuestos.
Allá pregunta por José, habrá un reloj eléctrico
y un hombre con una revista de autos.
Tendrá un mirar oblicuo y se quejará del prolongado invierno.
Nos viste perseguir las señas y comer seco pan de fonda.

Y cuando cantaba el pájaro, por fin, después de una lluvia,
sobre el árbol o la viga de hierro,
algo se movía, quebrando la marisma en que nos convertimos,
hacia un dulzor adivinado antes, hace mucho, en la rara nube,
en el cloqueo del agua de una canaleta
durante lluvias diluviales, aquellas.
¿Era que tu alma o aliento fue, por último, lo que veías?
Techo, techito, la ramita que arde entre los amantes
cuando están dormidos, olvidados.

MÁQUINA DE FARO

NOTA: FLORES

Presento las flores en el balcón;
tienen una orgiástica misión privada.
Con habilidad miro las flores
y de ellas el sentimiento
no lograría captar en años
de escritura sinuosa y delgada.

Diría que se han abierto a la lluvia y a los truenos
y mucho de todas maneras se me escapa.
Más allá de las analogías humanas,
y ocupada la mente en llamadas
que haré después,
miro las corolas rojas
desde algo parecido al zen.
Era lo que decías, esperar, con la mirada acá
y la cabeza en un nirvana de ocupaciones varias.

El legado de los maestros

Ese es tu reino; está después de aquel jardín
con lamparitas eléctricas de colores; después del Bósforo,
más allá de ese Chaco de auroras calientes en el que vuelan
en torno a los mosquiteros grandes polillas nocturnas.
Ese es tu reino. Lo construiste sin soñarlo. En los
restaurantes que frecuentabas con amigos, en las tardes
de la más triste desolación, cuando abandonabas tus
trajes viejos usados, tus camisas raídas; cuando veías
el cielo lavado, sin bandadas; cuando pasabas a toda prisa
detrás de la iglesia, cuando olvidabas. Es tu reino,
el de las cosas que se acercan como mangostas,
se refriegan contra tus pantorrillas y trasmiten
la quietud de Esparta abandonada por su ejército.

La presencia física

Está cantando, pero hay que decirle
que la medición del tiempo es imposible.
Ha huido de los segundos y las horas

en un acto erróneo que puede costarle caro.
Que mire la calle cuando sale,
que crea en el milagro de ese instante
que es puro azar: se debe a cierta benevolencia
del clima que podría destruir los objetos grises,
el perro echado en la puerta del taller mecánico.
Que mire su reloj: no mide el día,
no mide ese edificio, el árbol ralo.
Mide una ignota circunstancia que no puede llegar,
que está ocurriendo, que golpea en su esfera,
como barcos que se estrellan en los acantilados.

CIERTA DUREZA EN LA SINTAXIS

12
Es un gran pintor Ezra, dijo el tío, solo
que cuando el pincel está ya sin pintura
no vuelve a la paleta, lo aplica seco,
pincelada tras pincelada, seco como el río
de sus sueños, como la saturnal Castilla
que no era el planeta de sus antepasados.
De manera que no es un cuadro vacío
sino seco, sobre el que pinta todo aquello que brota
en el campo que es fantasma de su memoria, a
veces con secas pinceladas, a veces con el color
vivo de lo que ha sido vivo, ha tenido estatuto y códice.
... y el sistema de cultivo
se parecía a las leyes escritas por las que el hombre
se regía: cortaba las espadañas, cegaba al que no veía,
arrojaba a la zanja el estiércol de la palabra vana.

Si pudiera, sería lo último que haría:
pararme en el secadero de los sueños,
admirar lo que el mundo dejó junto al embarcadero,
lo que nos dio, lo verdadero.
Si pudiera sería lo último.
Despojado incluso de tu mirada.
Mirando lo que fuera que el mundo
hubiera depositado allí.
Pero lo último que haremos, ni eso
está en nuestras manos
y tal vez no esté en el corazón del mundo
la decisión de nada, ni el carozo.

17
Cementerio de la Chacarita de los Colegiales.
Entre las tumbas hay grupos de personas.
Desentierran. De lejos son como buscadores de almejas
en el borde baboso del mar.
Uno sostiene la bolsa de plástico y el otro la llena de huesos.
Y es como el fin de las batallas.
Cuando caminan los vivos entre muertos.
Reconociendo, rematando.

37
Permitidme: no olvidé nada.
Pero nada recuerdo.
El crepúsculo recuerdo.
Las casas con letrinas.
Hilos delgados de araña o de sótano o pintura
o de luz de clavos o de la palabra nieto
o de rosales grises o de árboles cariados.
O de gotas pesadas o de sol en un alféizar
o de gallinas o de un halcón de campo;

hilos de cosas y sustancias
y de últimas horas en invierno
tejieron algo más que recuerdo:
tendones en el movimiento casual,
pulmones en los que suenan las palabras.

41
Los mataron y mataron.
Deben saber que el que pierde la vida,
pierde cualquier cosa vacía,
desde todo punto de vista amada,
mantenida con fuego de ramas
y con negruras rebañadas
de utensilios de caza.
Pierde el estar, la terminal nerviosa
en la que se enciende lo que quiere
encenderse: el filo de una visera,
ribetes de un sillón, una estridente risa,
el trabajo de unas raíces en el fondo de la vereda.

EL CAIRO
LA FIRMEZA DE LA SOLEDAD EN LOS MANUBRIOS

No necesito los anchos campos para oír la soledad poblada
–oír o ver, oler o palpar, un sentido debe dar cuenta de esto.
Estás parada ahí,
tras un sillón, en un estrecho espacio, de espaldas a una ventana
de vidrios esmerilados–
no puedo evitar un escalofrío a lo Poe, pero recuerdo,
y el recuerdo hace tu sombra más amable.
La diafanidad de los campos y los espectros tienen un raro vínculo.

Sustancial es esta ancha soledad en las motocicletas estacionadas sobre la vereda.

Tarde de diciembre, 2013. Buenos Aires.
Sustancial en el agobio que siente hasta el sol estrellado
contra un cielo de celeste ardiente.

El desierto de gentes recorrido, de beduinos, de motociclistas sin raíces,
pero cuyas raíces portan el lejano partir de una embarcación cualquiera,
una chalupa guerrera, un barco al palio, un petrolero.
Raíces imantadas de desierto y de soledad y de palabras
que se recuerdan, que mitigan, que ahondan a la vez, el fantasma.
Nadie escribe en estas paredes Viva mi madre. Nadie escribe la verdad.

DE *MAR DE CHUKOTKA*
[William Carlos Williams]

Soy el intelectual más prestigioso de la cuadra.
Querría tener un De Carlo 1960 para estacionarlo
frente al Hospital de Infecciosos, donde pudiera verlo
desde la ventana trasera de mi departamento,
los asientos atestados de libros y bolsas de suero.

El De Carlo es blanco como la ballena,
como mi heladera.
Todo flota
lejano y fascinante
en esta hermosa ciudad.

DESCOMPOSICIÓN Y MERCADO (ELEGÍA)

El proceso es horrible solo mirado de cerca,
como aquel caballo en descomposición que el mar arrojó a una playa
cuando soñabas con el éxtasis.
No olía, comido por la sal.
El siglo no huele a podrido, pero está podrido,
ha muerto, temprano (hay siglos que duran setenta años
y otros que duran diez).
Las películas de zombis invaden las pantallas de occidente,
y en oriente fabrican millones de pantallas
pero no piensan en comer cerebros
sino en manipular programas
o en sentarse tras un mostrador de metal
con un celular en la mano derecha
mientras la izquierda pasa paquetes
delante del lector de código de barras
No huele a limpieza ni, de hecho, está limpio el lugar;
se huele en cambio una prolijidad interna
como la de alguien que no está en este mundo.
En el alero colgaban gotas de gordo rocío
cuando el poeta soñaba en el patio de lajas
o bajaba por la noche al río.
Esa figura es la silueta abismal
que ocupa el centro de este escenario en el que
los enseres son transitorios
y no molesta al pensamiento la grasa
sobre los circuitos del aire acondicionado

(inédito)

DIANA BELLESSI
(1946)



Nació en Zavalla, provincia de Santa Fe. De ella puede leerse *Tener lo que se tiene* (obra reunida, publicada por Adriana Hidalgo, 2009), *Variaciones de la luz* (Visor, 2011) y *Pasos de baile* (Adriana Hidalgo, 2014). También ha publicado *La pequeña voz del mundo* (Taurus, 2010) y *Zavalla con z* (Editorial Municipal de Rosario, 2011). Obtuvo, en el 2007, el premio Trayectoria en poesía del Fondo Nacional de las Artes; los diplomas al mérito de la Fundación Konex 2004-2014; y el Premio Nacional de Poesía en el 2011.

HE CONSTRUIDO UN JARDÍN

He construido un jardín como quien hace
los gestos correctos en el lugar errado.
Errado, no de error, sino de lugar otro,
como hablar con el reflejo del espejo
y no con quien se mira en él.
He construido un jardín para dialogar
ahí, codo a codo en la belleza, con la siempre
muda pero activa muerte trabajando el corazón.
Deja el equipaje repetía, ahora que tu cuerpo
atisba las dos orillas, no hay nada, más
que los gestos precisos –dejarse ir– para cuidarlo
y ser, el jardín.

Atesora lo que pierdes, decía, esta muerte
hablando en perfecto y distanciado castellano.
Lo que pierdes, mientras tienes, es la sola compañía
que te allega, a la orilla lejana de la muerte.

Ahora la lengua puede desatarse para hablar.
Ella que nunca pudo el escalpelo del horror
provista de herramientas para hacer, maravilloso
de ominoso. Solo digerible al ojo el terror
si la belleza lo sostiene. Mira el agujero
ciego: los gestos precisos y amorosos sin reflejo
en el espejo frente al cual, la operatoria carece
de sentido.

Tener un jardín, es dejarse tener por él y su
eterno movimiento de partida. Flores, semillas y
plantas mueren para siempre o se renuevan. Hay
poda y hay momentos, en el ocaso dulce de una
tarde de verano, para verlo excediéndose de sí,
mientras la sombra de su caída anuncia
en el macizo fulgor de marzo, o en el dormir
sin sueño del sujeto cuando muere, mientras
la especie que lo contiene no cesa de forjarse.
El jardín exige, a su jardinera verlo morir.
Demanda su mano que recorte y modifique
la tierra desnuda, dada vuelta en los canteros
bajo la noche helada. El jardín mata
y pide ser muerto para ser jardín. Pero hacer
gestos correctos en el lugar errado,
disuelve la ecuación, descubre páramo.
Amor reclamado en diferencia como
cielo azul oscuro contra la pena. Gota
regia de la tormenta en cuyo abrazo llegas
a la orilla más lejana. I wish you
were here amor, pero sos jardinera y no
jardín. Desenterraste mi corazón de tu cantero.

Un decir

Adonde se detiene la mirada es puro asombro
como en esa pareja de zorzales en la rama
del sauce, un decir despiojándose, con caricias
que enlazan un cogote a otro y pico va y pico
viene entre las plumas hasta parece se besaran
o se dieran de comer los piojitos mutuamente
bajo el sol de la atardecida rama gusto da
detener la mirada sin pensar en otra cosa
para ver el amor que sostiene como una red
a la vida en la arena aquí y allá por un momento
de distraída nomás y no de sabia sinó
vacía de esa mercancía mayor que es siempre
yo en el centro y no la sombra o luz del cauce único
adonde va y se lava ahora sola la mirada

Ranas en Santa Rosa

Bajo la medialuna en el halo
cálido de la tormenta santa
de septiembre veo aparecer
estrellas pálidas y sentada
allí me hundo en el sopor de las ranas
que cantan una sola nota larga
lanzada al cielo no sé o al centro
de la tierra o más bien a nada
como perdiéndose hacia adentro
el rocanrol metálico donde dejo
de ser para ser eso que asciende
o baja en la marea invisible
cardumen enjambre bandada

de la oscura luz en sortilegio
que amamanta y mata al cancelar
la forma pero mire usted, gana
lo no visto no oído no sé aún

ÉPICA

Por qué será que se vuelve a intentar
aquello donde siempre se fracasa
como la ropa vieja las sentencias
que ayer corrían altivas por sus roncas
gargantas quisiéramos reanimar,
o no son las frases sino a la gente
que se desbarranca de la historia
al cuarto demolido de la casa
y fracaso mediante se pudiera
fijar ahí el desorden o la creación
organizados por un momento 10
con su sello de plata, solidarios
como la mano de Dios

EL JARDÍN DE LOS MILAGROS

Temprano en la mañana mi madre intenta
llamarme por teléfono, y en la tarde
luego me cuenta: «tan hermosa noticia
tengo», con una voz de aterciopelado
misterio, muy serena y suave anunciando
«la pequeña magnolia se abrió en dos flores
por primera vez». Hay justicia, pensé
con un agua dulce que se abría paso

en mi corazón. Esa magnolia que ella
plantó bajo la mirada de mi padre
años atrás diciéndole melancólico
«si no la verás florecer, tarda tanto»
Y yo, verano tras verano mentía
un poco o creía o pasaba revista
de las pequeñas magnolias florecidas
que supe visitar en una placita
por Colegiales, adonde robé aquella
reina blanca, perfumada y frágil que huelo
aún en la distancia como si fuera,
como si hubiera sido una hostia pascual
o el cuerpo de la amada, la comunión
con lo bello del mundo, como mi madre
lo siente ahora y lo dice en esa voz
que me parece el cantar de los cantares
Florecerá, le aseguraba, el próximo
verano, ya verás, y hoy ha sido visto,
esta vez se unieron belleza y justicia
para ganarles juntas, las dos al tiempo

LAS COSAS PARECEN LO QUE HEMOS DECIDIDO SON

Un perro cimarrón cruza los fondos
buscando rastros de algo o alguien quizá
tan huérfano sin dueño y sin manada
se lo ve a la intemperie del monte
y la mañana gris, que los perros sean
libres como los pájaros dijo
mi vecino ayer pero ser libres qué es,
y soy el perro o mi opinión del perro

de a ratos sola como un perro
campanea el refrán la mirada
en los fondos de la casa y un jilguero
entre las ramas agita sus alitas
salta come caga como si fuera
feliz. Mudo el perro y el jilguero canta

Tener lo que se tiene

Solo me faltan rastas en el pelo blanco
de tan quemada por el lindo sol de marzo
sobre el río cuyas aguas se enfrían más y
más cálido el sol y helada el agua y después
el frescor de la atardecida bajo un manto
de rocío que arrastra delicadamente
marzo para largas caminatas, Talita
corretea por su coto de caza y yo
recibo las mejores melodías, versos
que se arman solos en mi cabeza afinándose
en la increíble caja de resonancia del agua,
volvemos a casa luego para dormir
como santas Talita y yo viviendo un rato
como queremos, dejá que barra cualquier
melancolía en la mañana temprano
y tener lo que se tiene, dejame el presente

La enseñanza silenciosa

Dicen que dijo Lao Tse a Wen Tzu:
todas las cosas misteriosamente
son lo mismo, así que mira con fijeza

hacia delante como un ternero
recién nacido lo hace para ver
lo que parece ausente siempre ahí;

en la gentil mirada del maestro
yo imagino su amor ante las cosas
sobre todo lo terso y lo pequeño
alzándose en sus formas del vaivén
donde se gana eso que se pierde
como lo hace la brisa entre los juncos
o en el agua dejándola los juncos

pasar en un susurro ágil de amantes
que se saben opuestos solo un rato
para afinar la voz en el concierto
y bienaventuradamente luego
tenderse juntos sin abandonar

nunca la fuente, ciertos en la voz
sincera donde lo alto y lo bajo
no se destronan ni definen entre
sí al cincelar su mutuo exceso; así
aireadas las florcitas que el granizo
agitó ayer sobre las ramas se abren

hoy en el aura nívea del manzano
donde suena gentil esa llamada
de la dulce torcaz como si fuera
la propia voz de Lao Tse a Wen Tsu
diciendo misteriosamente todas
las cosas son lo mismo, mi ternero

HILOS

Buscando un alfiler abro esta cajita
de lata redonda y rosada
que me acompaña por las islas
de casa en casa y encuentro
un sinfín de hilos de colores,

los hilos que mamá me regalara,
su mano protectora dispuesta
a prever necesidades y acaricio
los hilitos como si así pudiera
rozar su mano en los detalles

del infinito abanico que aparecen
igual a un collar de perlas día a día
desasidas rodando con fulgor
y agradecida pena en mi corazón
por lo vivido como si fueran

algo natural esos gestos
que recibimos sin prestarles
la atención debida y se consagre
el instante que advertimos
mucho después frente a estos hilos,

azul perlé y sedalinas rojas,
hilván blanco y fuerte el cadena
negro con botoncitos para posibles
arreglos en una casa que hoy
tu hija, vieja ya y huérfana

aprecia con lágrimas en los ojos

Elegía

Abril las envolvía en una niebla
de oro mientras sentadas en el patio
dos mujeres cosían y las hebras

de la charla avanzaban con cuidado
dulcemente hablando como suenan
las notas ya precisas del teclado

cuando la melodía a la madera
envuelve igual a un guante y ella «te amo»
dice y ya no importa cómo seas

que solo bella sos de mí confiando
me hiciera fragante madura y seca
en el otoño hoy y ayer en el verano

como si nada y todo así siguiera
para llevar el ritmo paso a paso
hasta la honda comunión ahora nuestra

decía sin decirlo en asombrado
acento y la melodía pequeña
poco acostumbrada a hacerse cargo

del silencio he aquí que la vez ésa
supo callarse y con sabor extraño
se entregó tiernamente a la madera

y fueron una siendo dos en aro
de diamante brillando ahí sin tregua
por la hora concedida donde amando

hija y madre una a otra se dieran
sellando así el instante más sagrado
que humilde guarda en su cofre de seda

la memoria mejor como sagrario
en que reunidas todas las escenas
de una vida adquieren ese claro

tornasol donde un centro pulsa y enhebra
múltiples variaciones modulando
luz y sombra ardidas en la materia

del amor que no luce atormentado
por ninguna paradoja irresuelta
en la tensión jugada entre el arco

y la flecha porque lo hizo ya la pena
con justicia por ella fue lavado
todo como el agua por la arena

y queda ahora solo ese espacio áureo
de una felicidad vivida lenta
en el correr presuroso de los años

donde quizás faltó y no que fuera
menos el amor aunque sí más caro
el poder del silencio en su belleza

de estar ahí las dos en el dorado
círculo de abril cosiendo hebras
de invisible entendimiento mágico

EKSTASIS

Moverme en lo abierto
como lo hace el cazador

bailar y silbar como el viento
en lo abierto

como la roca en el torrente y la piedra
en el granizo y el mosquito

con sus ojos abiertos
solamente a ello y nada más

en lo abierto
de una forma impensada

sin ver
ya nada, ya nada

Arturo Carrera (1948)



Poeta, ensayista y traductor. Publicó más de veinte libros de poesía, entre ellos: *Escrito con un nictógrafo* (1972), *Arturo y yo* (1983), *Potlatch* (2004) y *Ritornelo de Malmö* (2015). Sus libros de ensayos incluyen *Ensayos murmurados* (2009) y *Misterio-ritmo* (2017). Su obra ha sido traducida a varios idiomas, y ha traducido al castellano obras de Yves Bonnefoy, Michaux, H. de Campos y Pasolini. Su obra reunida fue publicada por Adriana Hidalgo Editora. Recibió numerosos reconocimientos como la Beca Guggenheim (1995), el Primer Premio Municipal de Poesía (1998), el Premio Konex 2014 y el Premio Rosa de Cobre de la Biblioteca Nacional Argentina (2014).

Chiquita Gramajo

Fue el Carnaval, Chiquita, …la presencia
de nunca alcanzar,
mi palabra en tu palabra:

Fue en Carnaval. Y yo y nuestra amiga Silvia
nos disfrazamos de conejos. Con caretas iguales,
guardapolvos blancos, zapatillas blancas.
Unos guantes que parecían los de la primera comunión.
Y fuimos al baile de Alem, tarde, ya habían llegado
muchísimas mascaritas.
Y nos pusimos a bailar juntos. Qué ternura,
dos conejos impecables bailando a la vieja usanza,
muy juntitos.

Y de pronto Silvia me dice: mirá Esa, creo que es Chiquita.

Venías de colegiala, con lentes grandes, peluca violeta, guardapolvos negro
y arrastrabas con una soga una muñeca pepona,
como en los tiempos de Heliogábalo,
el pez que fue tirado fuera de la alberca por un buey: ¡un potlatch!
Nos detuvimos. Le dije a Silvia que te sacaría a bailar y allí fui.

Bailamos un tema juntos y al rato me dijiste:
¿no te cansás llevándome? ¿No querés que te lleve un poquito yo?
Y yo –con voz de mascarita siempre, te digo–: no… no; dejá
que te lleve un rato más. Y al fin del tema insististe:
Silvia, vamos al baño que me hago pis…
Me tomás de la mano y allí fui, como un nenito.

El baño de mujeres estaba lleno de mascaritas
que se habían sacado la careta.

Algunas se miraban perplejas al espejo,
como para reencontrarse con su cara verdadera;
otras, abanicándose.

Nadie se explicaba mi decisión de permanecer
con la careta de conejo puesta.
Entonces pediste: sacate eso… no seas tonta… no sigas hablando como
mascarita.
Y yo: ¿no ves que está Tonita Orgeyra, que nos va a delatar?
Lo dije como retirándome hacia atrás y salí corriendo y me escabullí entre
el gentío disfrazado y me fui a casa.

Enterada de mi engaño, Chiquita no me saludó más
ni quiso verme por un año.

Mi palabra en tu palabra… nuestras palabras

¿no se alejaron, ellas, cuando nos conocimos?
¿No hicieron caso omiso de nuestra «actitud»?,

¿no eran
palabras que callan?¿Simplemente rumor, luz
en un silencio
que no comienza ni acaba?

En el poema que no conocíamos ¿no fuimos
materia y goce de acentos por destruir?

Y después te dije mentiras: «mi abuela es lavandera».
Ensucié adrede mi camisa en la pared de tu bulín.
Que era el antro sagrado
de tu abuela,
todo pintado de negro,
con inscripciones de tiza y carteles de chapa…

¿Era un ángel rufián? Con tu dolor inocente
me saciaba. Jugué con la pobreza del pobre
para poder soportar el dolor precario de
mi autenticidad.

Pequeño,
pequeño soldadito de plomo burgués
que no agotaba siquiera su vacilante farsa.

Sin embargo, abstraídos, los dos creo,
escuchamos el amor en otra sala.
No sabíamos de él más que la infancia cerrada.
Años que no habían pasado
ya entonces eran como viejos recuerdos.

Ahora bien: ¿Una vida duró,
ese acuñable bien?
sí,
fue como en la poesía más bien semivoz y lenguaje:
una manera de dejar que el habla errara
en lo anterior incierto de sí.

«Y a veces no eran siquiera palabras,
sino el son de donde quieren nacer,
el son tanto de luz como de sombra.

Ni ruido ni música todavía.
El tiempo de una linterna mágica,

los juguetes y los dolores de la infancia
–y acaso entonces
el «hombre viejo» siente la necesidad de otro juguete,

amar,

otro dolor.

VISIBLE, INVISIBLE

Que este brío dure,
que los pájaros imiten
el grito de los terneros
al anochecer. La gata agazapada bajo el vaho de las buenas noches. Y mezclas, matices,
pero como se mezclan dos nubes
y como entra en el incienso el hipo del incienso

haciéndonos sentir su barrido,
su despejo de falsas sensaciones.

Y como entra la noche en el atardecer
bajo la soledad sonora de los grillos
–la música callada de las luciérnagas mezquinas.

y que se unan otra vez esas rachas de sonido
a la única voz en que juntos vacilamos.
Sonidos que ignoraban ser iguales,

apenas iguales: secretos ejercicios de alegría

visible como el espiado,
como un habla de visible en lo invisible,

la laguna.

II

La calandria que vimos con Mauricio
canta aún en el bullicio de los patos.
La vemos y la pensamos soñada,
cara de otras monedas:

primero en la casa,
(invisible como fue,
visible como es ahora.)

Después entre la gente,
impalpable como parece,
ahora

–ruido–,
en el televisor.

pero visibles e invisibles «Mundos»
si la poesía los rozara,
«naturalezas» si con su palabrerío ignorara
la potencia implacable de su estilo.

«Relámpago»
anunciaría.

«Trueno» si la música sostuviera en su rumor
la atonalidad expectante.

Pero no somos la casa, ni el hogar,
ni el árbol, ni el camino.
Solo sus dibujos o maquetas matizadas
en una esferilla donde nieva y hay ritornelos
de cajita de música,

envueltos en nuestro balbuceo salado

¿cuántas veces necesitamos que nos digan
que la belleza es la arena movediza
de la certidumbre?

Títere de la moneda

Pringles, 4 de enero de 2004.
Viene un chico a la puerta y grita desde afuera:
«Señor, ¿tiene una monedita?»

Abro la mirilla grande de la puerta negra,
le digo entre los relieves oscuros: «¡Sí; ya
vuelvo!» Y voy hasta la caja donde guardo
los títeres de guante; me calzo uno y
lo llevo hasta la mirilla, ahora Boca del Teatrino:

«—¿Síiiiiiiiiiii? –y el chiquito se ríe.

Y el títere de la moneda le da la moneda.
¡Por suerte no soy yo!
El títere de la moneda le da la bienvenida a mi puerta.
¡Por suerte no soy yo!
El títere le dice que todos los remordimientos
son esa monedita trucha que le da.
Que todo el dinero del mundo
es su mentira que le entrega.
Que toda la falsedad de la Tierra cabe
en nuestro dolor, en la mísera alegría
de ese instante sin rencor: «¡Gracias, Señor,
hasta mañana!»

JUGUETES

Quién hubiera pensado, antaño,
que un día nos avergonzaríamos de las palabras,

que por nombrar las cosas que son
podríamos sentirnos culpables,

que por decir, incluso
«niñito»,
uno podría sentirse culpable.

YVES BONNEFOY

I

¿Cuál,
de todos estos lápices elegirías para la alegría,
para el triunfo de unas vocecitas sobre otras que no
conocés y que no hacen más que llamarte y
llevarte hacia esa casa de sombra
colmada de juguetes?

Sin embargo, bastaría un instante para que
la inteligencia de los besos impidiera hablarnos
–¡pero no hablamos
todavía!

una emoción violenta, mínima
pero fugaz, hace que otra memoria súbita
se vuelva duradera.

Yo escuchaba tu voz,
pero no alcanzaba las palabras que decías;
lo que querían decir –no que no te atendiera
sino en otro balbuceo– adentro de otra burbuja
que se henchía de otro límite,
de otra memoria, de otro instante,

¿cuál? ¿de eso estamos
hechos?,

Había otro ritmo que ínfimo auguraba
una repetición que nos desconocía. Y allí
estuve, en esa vía. Diciendo sin decir,
hablando sin hablar
¿iba?

Con ese balbuceo yo creo, insisto,
ser real. Yo creo adelantarme a tu ternura y
no sé nada de tu amor que se adelanta al mío.

Entre esas casi palabras si no sílabas
todos los abecedarios fracasan y fracasarían
cabeceando en nosotros cuando te decimos
cualquier frase que alude al sueño
de este mundo todavía.

¿Cuántas nociones elegimos para confundirte,
para atraerte,
para embaucarte? Sin saber que somos nosotros
los embaucados.

¿Quién conocía los mapas insolubles de Plotino,
las manos regordetas con pocitos en el mármol, la voz
de una niñita de la cantoría?; pero no queríamos
nombrarte, niños fajados en los tondos de los Inocentes
nos llamaban…

Gritaste,
¡como
una cantante!
Porque de no decir, cantabas,
imitabas ¿a qué? ¿a quién? ¿a cuánto?

Y otra vez, con la partícula de un grito de un mandato sereno
iniciás tu paseo con pasitos que van…
hacia ninguna parte,
hacia el olvido del ¿qué busco?
¿qué hago? ¿a quién llamo? ¿a quién respondo?

¿qué?

¿Cuánto «falta» para que un juguete «no hable»?
Un presente
reclama otro tiempo para que tu presencia no sea más
que «esplendor»

II

Te llamé «abejita» porque llevabas de un lugar a otro
el polen de unas flores invisibles, el silencio
de unas sombras brillantes que te miraban.
Y hasta un pájaro, el del libro de los Upanishads,
se asomaba para verte, para sentir tu paso muy
dentro del fruto que él jamás probaría.

Nombro cada uno de tus juguetes. Los bautizo
sin miedo. Me llevan a despertarte,
a conocerte, a sonreír de alegría ante la imitación
del movimiento. ¿Quién vuelve de ahí?

Después de todo será recuerdo
todo el rumor que queda cuando te vas,
polvillo de luces sin nombre y rachas
de una oscuridad veloz entre
órbitas tan mínimas como fugitivas.

Pero ¿puedo acercarme?

…caja de zapatos de niña
adonde guardás un sapo de terciopelo.
Y ese muñeco que se sienta y

bebe de un vaso parecido a un chopp.

¿Cuánta cerveza tiene esa luz?

¿Y estas dos latas de polvo de hornear unidas con
un hilo sisal que era nuestro teléfono? ¿Y esa vaca que al
girarle la cola daba leche? ¿Y esas ranas de lata a cuerda
que saltan junto a las gallinas que picotean un círculo
de madera verde con granos amarillos?

¿Y los pibecitos Jugal que se besan incansablemente?
¿Y el burro azul que se hamaca en silencio,
despacito…
…tu preferido?

Sin nombrarte ¿podré decir cuál otro? ¿Para que
alguno de nosotros quepa en esa dimensión? ¿O para que
seamos expulsados todos menos yo, como cuando
tu sonrisita me incluye?

III

Un artesano soy y sin embargo,
no sé evocar la precisión en que han de encajarse
cada una de tus pequeñas piezas. ¿Y no es
como dice el sabio, que si no hubiese juguetes
nos criaríamos repitiendo encuentros
con gente de verdad?

…y eran tus deditos
lo que veíamos. Una pulserita de plástico
con tu nombre y la hora

de tu nacimiento –como si la dicha
nos agendara.

Cuánta sorpresa o cuánto deber
porque no quisimos ser
abuelos de la nada –saltamos
en el desconcierto, cantando, agitando un
trapo, una tela de ceniza,

y el silencioso sonajero
de la vida que colma.

LEOPOLDO CASTILLA (1947)



Nació en Salta. Es autor de una treintena de libros de poesía, ensayo y narrativa. Traducido a trece idiomas, ha obtenido numerosos premios nacionales e internacionales: en su país el Primer Premio de Poesía de la ciudad de Buenos Aires, el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes, el premio Rosa de Cobre a toda la trayectoria que otorga la biblioteca Nacional, el Premio Konex y muchos otros; en Venezuela el Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y fue condecorado por toda su obra por la Universidad de Carabobo. Su cuento *La redada* fue llevado al cine en un largometraje homónimo dirigido por Rolando Pardo.

INDIA

XIX

A Joaquín Giannuzzi y Libertad Demitrópulos

La brasa de la luz
y la carne
dilatando los hombres, afeminando el barro
hicieron Benarés.

¿Hay un sitio
donde se una lo sagrado y el cuerpo
que no sea en el asombro
de ir desapareciendo?

¿Quién sino el hombre que huye
de su propia distancia,
que se va quedando en lo que ya se ha ido

puede,
sin ver su llaga,
          mirar un río?

No hay como su sensación
templo tan profundo
que deshunda el agua,
ni inmensidad
como la de seguir naciendo
para perder futuros.
          Como el río.

Aquí viene a morir, en una casa azul espera
que se borren el día, sus hijos, el olfato y el tacto.
Junto a su mujer anciana
secreteándose
comen sus huecos,
intersticios de su historia
pedazos de un pan
          que nunca podrá ser dividido.

Ella lo ayuda:
          si ocupa todo el recuerdo
le vendrá el olvido. Le deja, eso sí, que tenga,
su jarro, su nombre, su sombrero
          (todavía está imantado)
                    y lo lleva al Ganges
para que alce el agua y la aplauda
y la deje caer en la luz

pues para cruzar el infinito
hace falta una infancia.

Junto a él, otros, van perdiendo su alguien
(también su alguien pierde
    el que pide salvarse)

Todos
lámparas
    con el agua al pecho
    entre la vida y la muerte
        perplejos
    en un fuego sin instantes
hicieron esta turbulencia, estas lenguas sin gravedad
que unge el río
    y tiemblan
de tanto adiós sin salir de la carne.

¿Qué media entre ese adolescente que se zambulle
y el niño
  que flota
    sin luna, en el fondo?
No es la muerte
    sino la forma
en que los abandonó el espacio.

¿Qué abisma al hijo con esas varas encendidas
que, antes de prenderle fuego,
da vueltas alrededor de su madre,
que no sea señalar un sitio
    pues no hay sustentación
ni pierde distancia lo que cae?

Y entre la muerta
    sin fondo, en su mortaja
y el esposo que se afeitó los cabellos

para despedirla
qué se rompe
sino un relámpago
y cada uno vuelve a su soledad
de no ser ni solo
pues a la muerte la une la asimetría.

Ese cadáver que pasa sobre la corriente
con un pájaro vivo
parado
sobre la profundidad de su cabeza
flor de agua
va como el río
de cuerpo presente
en su ausencia.

¿Dónde está Benarés
sino en todo lo lejos que estamos de nosotros?,
cruzando el día
como apagones, haciendo noche
en la fosforescencia,
buscando camino donde solo hay señales,
cada uno en su espejo
para que el otro no se vea, llamando dios
a lo inestable
queriendo llenar la velocidad
con una piedra
hasta llegar a Benarés
y hundirse en el río
para acabar en alguna forma
y ser uno la salida
a la que nunca llega.
Y el hombre le dice al dios:

esta es mi carne
la única que te queda.

Desde el río se ve el humo
solo hay una orilla
donde el muerto comienza.

Esa nube es él. Ahora se ve cómo
se sentía
y cuál era la forma que se desorientaba
en la forma que él era.

Ahora no importa dónde arde.
Tampoco en la vida
tuvo dentro ni fuera
ni lo retuvo un sitio.

Lleva una luz que la luz no toca.
No se detiene
porque todo lo atraviesa.

Lo dan al río. Se lleva
el agua sus cenizas.

Agua sin agua sentirán que llueve
cuando nunca vuelva.

MANADA

IV

Vinimos antes.

Hay
lugares que el espacio desconoce.

Soy la luna que le aúlla al lobo,
me he infiltrado entre ustedes
convicto
con la intensidad de la hoja que cae
lejos de la naturaleza.
una esquirla que brilla en los residuos,
un génesis falso, una alegría.

Sobrevuelo la tierra
la tiemblo
igual que una lluvia que no ha caído todavía
olisqueo el mundo como a una presa.

No olviden el fulgor del instante que no está.
Los hombres llegan antes de venir.

Soy una señal
debo amamantar a mi madre
después volver al sol.

VII

El hombre se ve entero en el ojo del animal
dentro de una gota
cayendo todavía en el aluvión de los astros.
Y ve el tigre tatuado por las llamas del sol
el tigre
clandestino
pisando apenas para no incendiar los campos.

Mira la víbora, guante del rayo,
la astronomía de la araña,
los nervios del relámpago en la cebra,
los meteoritos de los escarabajos,
la noche insepulta del toro
y la lujuria constelada del saurio.
Todo el cosmos preso en la manada.

Menos el colibrí que tiembla, fijo en el aire.

Ese
recién está llegando.

EL EJÉRCITO DE TERRACOTA

Esta población de polvo
esta marcha del hombre
por la soledad del tiempo
estos mudos
son una provisión de humanos
para cuando no haya nadie en el pasado
para cuando no haya nadie en el futuro.

Cada uno es todos y es ninguno
y guarda su lengua
igual que una moneda secreta
entre los labios.

Mientras ellos avanzan,
inmóviles,
nosotros caemos

de nacer desconocidos
a morir desconociéndonos
en la guerra
que desde siglos se quema intacta en el aire,
helicoidal,
   insepulta
como un pozo ciego.

Este museo de los vivos
localizado en algún lugar de la muerte,
estos hombres apagados,
aldeanos, campesinos,
esta leva humana
solo para que la guerra sea mortal,
es lo que restará de nosotros,
semillas neutras
con la carne en el barro
y el porvenir en la memoria.

¿Quién puede detener el ataque
del vacío de los guerreros,
de los caballos fijos en el espanto,
del resucitado que apunta
con su flecha invisible?
Todavía mata el trazo,
la geometría letal
          de lo que no ha nacido.

Miren en los ojos visionarios, en los párpados
de cansada arena
el poder mendigo
y en la boca,
donde se les descorazona

una vieja, inalcanzable, sonrisa,
la derrota de todas las victorias.
Miren los decapitados, de pie en el orgullo,
reunidos en el vivac de la disolución,
en un alto de la batalla,
palidecer
    de una incontenible muerte natural,
mientras un caballo, hundido en la arcilla,
solo con la grupa en este mundo
salta, salvaje, hacia otra forma
y es miles de caballos
            en el oleaje de la tierra.

En un rincón sobran los huesitos
del ladrón de tumbas
muerto por el mercurio,
el mercurio que mata como el hombre
porque no puede separarse de sí mismo.
Este ejército de arena,
esta sequía de la guerra
marcha desde China.
Va hacia la tumba de todos los imperios.

NEUTRINOS

Nos atraviesan.
No los detiene
la ofuscación del astro
ni los varía
la lenta insolencia del cometa.

Una lluvia interminable

en los predios
sin edad
del espacio
que contiene estos sistemas
que no están donde creen
pues todo ocurre en un tiempo perdido.

Hilo por hilo unen
la materia
al vacío.
Y en esa trama eres otra línea de fuga.

Los neutrinos te sostienen aquí,
latente.
Solo un momento.

Para que el mundo pueda construirse
lo que existe
no debe saber que ya se ha ido.

Balada de Auschwitz

En la valija de Jacobo caben
una camisa, una fotografía
y el polvo del camino
que adelgazó cuando lo enterraron.

Estos son los anteojos de Issac.
Los de ver irse el mundo
por una grieta de un vagón del tren.
Los limpiaba con su aliento. No podía
respirar si miraba,

si respiraba se quedaba ciego.

Este es el pelo de Esther
encaneciendo solo. Esos
los zapatos de Samuel y la muleta de Aarón
y la pierna de madera de Raquel.

En esta mancha del jergón de paja
se disolvió el niño
al mamar la tiniebla de su madre.
Esa es la tela que tejieron con sus cabellos
(y es que lo frágil
hila el espanto.)

Este es el sobretodo de Josué
donde se encerró. Su casa oscura.
No lo pudieron hallar
cuando lo asesinaron.

Detrás de las barracas
los hambrientos alambrados
el ojo demente de los reflectores

y un patíbulo.

Fuera de Auschwitz todo es nieve
y silencio.

Hombres y mujeres por la tierra.
Por toda la tierra
sombras
de blanco.

Mundos paralelos

En los mundos paralelos
el mismo acto,
con iguales protagonistas,
modifica los hechos,
cambia el final,
trastorna el argumento.

No hay un único destino,
cada opción se cumple
(esa lección está en los sueños).

Si en la suma de todas las combinaciones
está el tiempo abolido,
la eternidad, entonces, no tendría extensión
y podría permanecer
en una inminencia absoluta
el universo.

Él busca esa potestad.
Y apuesta.

Pero el azar no descansa.

Si el Todo para cada designio crea un mundo
el azar
para cada mundo
crea un espejismo.

MIGUEL ESPEJO (1948)



Poeta, narrador y ensayista, nacido en Jujuy. Publicó en México, en el exilio, sus primeros libros de poesía: *Fragmentos del Universo* (1981) y *Mundo* (1983). Por *La brújula rota* (1996) obtuvo el Premio Municipal de Buenos Aires y el 1er Premio Regional de Lit. de la Secretaría de Cultura. Preparó una *Antología poética* de Enrique Molina (Madrid, 1989) y otra de Leopoldo Marechal, *Largo día de cólera* (Buenos Aires, 2000). Tradujo la *Obra poética* de Stéphane Mallarmé (2013, premio Konex 2014). Su antología poética *Larvario* (Buenos Aires, 2006) reúne material de once libros. En 2016 se publicó *À l'ombre d'Éphèse* (Lyon, Francia, traducción de 300 poemas breves).

ENTRE CÍRCULOS

sí, siempre, uno se encuentra
en el centro de la pérdida de las cosas
en el centro de la pérdida de la gente
la pérdida de los padres y de la patria
de un hijo o de un hermano
de una esposa o de una amante
que escapa lejos, muy lejos
adonde nace el lenguaje del viento
y se hunde muy hondo
donde se agita el murmullo del mar
escapa indefectible, irrevocablemente
sin que haya nada –en nuestras manos
en nuestro corazón–
lo suficientemente fuerte para retenerla

hay que alimentar una grave y terrible tristeza

para soportar tanto vacío
una ilusión inmersa en el torbellino de la nada
una sensación de angustia y penuria
equidistante del amor
tan fuerte como el amor
y tan privado de fuerzas

en el límite de las cosas
en el límite de los actos
solo encontramos una gran desolación
y algunas palabras para expresarla
cómo hubiese querido ser todas las cosas
todos los sentimientos
no traicionar ninguno
ni en la intimidad ni en la elocuencia
ni en la sorpresa ni en la cautela
ser todas las cosas como lo deseaba Pessoa
escondiéndose detrás de sucesivas máscaras
ocultando las carencias, el dolor
la cercanía del pensamiento
y, sobre todo, una profunda nada

ah, qué sorpresiva nuestra condición, nuestro destino
donde nos es dado lamentar todo
imaginar aquello que puede faltarnos
acompasando lo que verdaderamente se ha ido

¿de dónde sacar ahora auténticos impulsos
de qué sombrero extraer algún garbo
alguna inédita ternura?

ni las más plenas palabras bastan para expresar nuestras pérdidas
ni los interminables corredores de un laberinto

ni las dudas que brotan intermitentemente del alma

mi corazón es un río extraviado en los mares de la ausencia
en los atardeceres donde la tristeza reina
y donde ningún calmante basta para aquietarla

yo hubiese querido tantas cosas
tantas situaciones y tantos actos
hasta cien muertes distintas
pero soy apenas esta tristeza sin patria
sin ilusiones, sin vértigos
como un péndulo que se encuentra al borde de apagarse
y no quiere sino repetirse a sí mismo

mi corazón es apenas el símbolo de una fuga
el ritual desgastado de un mundo
en donde ocurren todas las faltas
todos los pesares, los agobios
y la llama que incinera el resplandor y la alegría

yo hubiese querido tantas cosas para mi vida
tantos sentimientos para mi corazón
tantos fervores para mi alma
pero solo encuentro esta crucifixión diferida
esta noche, este tormento sin gloria
ni un muelle, ni una estación de trenes
pueden reflejar la intensidad de este vacío
que todavía siente
la pérdida de las cosas
la pérdida de la gente
la pérdida de la pérdida

HERMANA LA VIDA HERMANA LA MUERTE

1
el horror
el horror nos une
la espantosa inocencia
y el tormento de no haber previsto
el horror del hombre

los múltiples conciertos de la muerte
su triunfo sobre manos inermes
son sustitutos
de esta época turbia
donde amanece la noche constante
y el fulgor del crepúsculo
es apenas
la bienvenida de un día viejo

oh el mundo
para sí inadmisible
que no ha aceptado
el encantamiento de la música
las fugas y los preludios
deslizados entre tus dedos

en qué sitios, en qué planos o círculos
recomponer el suplicio
la sistemática caída
a un valle sin dioses

la negación de la poesía
en el furor de la historia
funda toda negación

traicionero es el arte
que emerge del dolor
y más aún
cuando él te pertenecía

2
un torrente de lava te cubrió por entero
cubría nuestro siglo
el cielo apesadumbrado
por nubes de terror
saquearon tus tesoros
esparcieron cenizas sobre tus piedras negras
arrancaron las páginas de tus libros
y el horizonte desde Tiwanacu
–hay una foto, lo recuerdo–
se convirtió en un estercolero de fantasmas

los guardianes (estoy viéndolos) te acechaban
hundían tu cuerpo en la miseria extrema
apagaban tus ojos
para dejarte
en el abismo sin fin de la conciencia

cómo pensar
que todo esto ocurriría
que el amor por Machu Picchu
y por la primavera de los ciegos
se transmutaría en gangrena

ojos purulentos
buscando algo para reposar
en un fondo humano

3
dialogo con los muertos
con esa sombra y sueño que ahora eres

adivino no sé bien qué gestos últimos
qué parpadeo en una cultura humillante
veo la fosa cavada para tu cuerpo
la comunión con las estrellas
en la noche infinita de los verdugos

veo y siento crecer el ahogo
en los instantes previos a la masacre
los cuerpos sacudidos por un temblor de impotencia
y una cruz dibujada en el aire sobre las tumbas

cómo cuidar tus pulmones
agobiados por el asma y la bruma
en esas furtivas celdas
preparadas para triturar los huesos
o desollar los aconteceres adheridos a la piel

vislumbro el incomprensible transcurso de los hombres
sin mártires ni héroes
sin héroes ni mártires

fatigada está la historia
y el habla intermitente
que balbucea estas miserias

4
recuerda con lealtad y firmeza
el padre que aún teníamos

y presenció tu viaje hacia la nada
ahora vive en el templo de la muerte
donde ambos me reprochan un altar vacío

mis sueños se unen a los tuyos
no los escondo
no puedo evitarlos
llegan con el sigilo de la aurora
y sin embargo es como un cielo en el alma
no un infierno
sino un rumiar de pájaros
en una selva inexistente

ni ángeles ni duendes
gimen por esta tierra asolada
únicamente el hálito de los vivos
el soplo de los recuerdos

hermana la vida
hermana la muerte
somos náufragos
de un barco que ya no titila
ni siquiera a lo lejos

CAPITIS DIMINUTIO

ay de mí en esta brusca disminución de valores
cualidades perdidas y bolsillos vacíos me volvieron esclavo
no ser el que hubiera podido ser según talento pronosticado
nada de premios altisonantes ni siquiera fama de quince minutos
apenas se mencionaron algunas cosas de lo que soy y no soy
en definitiva simplificando a Séneca o remedando al gran Virgilio

no pude imaginar que el golpe fuera tan certero y con hacha tan afilada
no es algo menor perder la cabeza en la pequeña historia del mundo
y si lo habrá sabido ese antepasado mío ejecutado por Oribe junto a Avellaneda
también él enarbolado en esas feroces picas que anticiparon
secuestro desaparición y muerte de mi hermana un poco madre
una pizca de Yocasta o de Electra en la muda desesperación

you are a loser dice el mandato y no hay dios en la tierra que pueda remediarlo
así pienso por azar o extravagancia o por cualquier manera
casi seguro que me transmitieron genéticamente el fracaso implícito
aunque no puedo asegurarlo pues la borrachera me lo impedía
mientras susurraba al oído de una puta recién conocida lo mucho que la amaba
de tal forma que nunca logré distinguir realidad de sueño alguno

virtualmente hablando no hubo una feliz época de la infancia
donde viris y virtus no se distinguían enhiesto entonces
no como ahora en medio de columnas y poemas sin luces y hernias discales
con infortunios adicionales o en tránsito entre las vértebras
por el solo y humilde hecho de palpar los seres que no fui
con la ciega obstinación de alguien que se arranca los ojos sin ser Edipo

palpar hubiera debido ignorante de preocupaciones mayores
en el pabellón de las hermosas muchachas durmientes
alguna joven y firme doncella de Kawabata
aunque firmeza dental es justamente lo que falta
en mis inversiones semánticas y financieras
que perdieron el sentido del agua que fluye tras la abierta noche

pues sí señores y señoras damas y caballeros

yo también me instalé en el proscenio y en un púlpito
cuando creía que el lenguaje aún me pertenecía
hubo alejandrinos hexámetros o endecasílabos
que trataron de rediseñar el mundo pero no
siempre demasiado tarde para el inmenso Orión

ningún atisbo de rayos y centellas ni Quetzalcóatl ni Zeus
en la precariedad manifiesta del decir
flojo en creación y recreación ducho en desorden y anacolutos
testículos de por medio entre ovarios abandonados
vocablos un tanto eunucos y musitados sin convencimiento
con la furia descontrolada de los impotentes

un bello poema hecho de nada fue mi escaso norte
tras un paseo marítimo deleble mediterráneo
entre bambalinas y animales fantásticos
aguardando por momentos el milagro de reverdecer
en esto que fue el balbuceo arrogante   inicial
y será mi canción de sepultura

TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

¿Quién me quita lo bailado?
farfulló un rengo mientras abandonaba a hurtadillas la pista de la vida
después de una ingesta alcohólica que no lo ayudaba para nada a distinguir en
dónde estaba la oficina migratoria de la muerte.
Otro, menos maltrecho, intentaba seguirlo en su festín de puro presente
como los sátiros de ónix persiguiendo ninfas que vi algún día en un museo de
Búfalo.
No era un baile de ilusiones, ni un danzón en el trópico

y menos todavía un *coctel-party* entre Viridiana y jadeos de mendigos.
No era tampoco, o no del todo, una plena celebración del instante
sino la rotunda verdad de lo ambiguo y lo relativo.
Allá estaba el Ser y del otro lado del mostrador estaba el no-Ser
del mismo modo que ocurre en esos bares cuando el tabernero, el *barman* o como quiera llamárselo cruza la línea para beber con su cliente;
de un lado y del otro estaba lo relativo, alternándose, sabias putas jóvenes con
sus aquilatadas artimañas con las que engatusan a sus clientes.
Todos clientes de lo relativo, aún Benedicta XVI (Fernando Vallejo así la nombra) que lo detesta más que a los siete demonios de la sabiduría,
más que a los abortos clandestinos y sus secuelas, más que a preservativos inflados de higiene aunque cortos de pasión, más que a las píldoras que esa caterva no necesita para cultivar la pedofilia.
Pues lo relativo reina en democracia y no en dictadura
reina sobre putas y putañeros, sobre imperios y naturaleza,
sobre mares y montañas, reina, reina, sobre galaxias enteras,
reina sobre Dios, él mismo relativo, proyección omnipotente de una tribu maníaca.
Entre lo relativo, todo ser tiene un brillo en sus ojos, y entre ellos una negra mancha
y que lo digan si no las prédicas y conductas de papas y afines
semejantes al senador homofóbico del imperio (muy alicaído, por cierto, digo,
el imperio, no el senador) que se desvivía por ser enculado en un baño de aeropuerto.
Que lo digan si no esos refranes antiguos y contradictorios
puestos a prueba por cojos y estrábicos del escenario:
Al que madruga, Dios lo ayuda.
A Dios rogando y con el mazo dando.
No por mucho madrugar, amanece más temprano.
Nunca digas nunca, niño inmaduro de esplendente limbo.
Nunca digas de esta agua no he de beber

especialmente si está bendita.
Estos soles de tinieblas echan su luz sobre el incomprensible mundo, el
hormigueante palpitar y la intolerable vida
¿pues qué sería de nuestro grotesco *pas de deux* sobre la raída alfombra
planetaria
qué de las piruetas o de los saltos de Nijinski
sin una danza macabra de vez en cuando
con el tibio cadáver extraído de un corazón de vidrio?

A LOS NOVENTA

Pensando, sí, pensando de manera trunca o con intermitencias
en la más próxima perseverancia de mi madre
onomástico, aniversario o como quiera definirse ese galope del tiempo
–edad a la que ni remotamente llegaré–
se me dio por soñar con ese tramo de la vida que no espero tener
imaginar los poemas magnéticos extraviados en alguna aurora boreal
que ya no podrán expresar, lo que se siente, lo que se masculla
a los noventa años.

Ochenta veces nadie supo gritar Gonzalo Rojas desde su casa de Chillán en
medio de
cipreses y de lagos, carreteras sinuosas
mientras yo permanecí callado
ante aquella que me parió para depositarme en sábanas de asombro y duda.
De sus cuatro hijos, allí no estuvo la única mujer
perdida en lo que ya dije, en ese largo cortejo de desaparecidos
perdida con la brújula rota entre innacientes versos y vientos innominados.
No estuvo tampoco mi madre por entero, algo distante
como la señora mayor de ese célebre relato
aunque no haya visto ni extraños ni fantasmas sino una extraña algarabía.

Una vida, como suele decirse, con la incomodidad de árboles caídos
en los arrabales de nuestra pequeña y mísera historia.
Se la acusó de no haber hecho lo suficiente
de no haberse atado un pañuelo a la cabeza
pero en mí resuenan las palabras dichas a un coronel
cuando el silencio reinaba, en ese julio de 1976:
«Sí, lamento que nuestro país esté gobernado por forajidos
y no me importa que al salir me aplaste un auto.»
Porque hubo un tiempo en que la palabra era el arma que nos habían dejado
antes que las imágenes espasmódicas de teléfonos y juegos electrónicos
avasallas en todo lenguaje.

Supongo que a los noventa años, a los que no espero llegar
se habrán ido para siempre lascivia y lujuria
que son para mí las dos caras de una misma moneda cuyo canto es el aleteo
de la muerte.
«Lo que no soporto es la decrepitud» dijo mi amigo
levantando el bastón para combatir a su ejército imaginario
mientras yo lo ayudaba a incorporarse en un *restaurant* ahora inexistente.
Y unos pocos años antes: «Soy un promiscuo. Me gusta que la gente que
quiero esté revuelta»
preámbulo insinuante, instándome a compartir la hembra que, vestida,
estaba a su lado
para verla y contemplarla desde un caleidoscopio, desde los horizontes más
variados
hasta lo insaciable.

Insaciable fue mi vida, tanto en el matiz como en los gruesos trazos
insaciable la locura que secretamente nos visita a todos
inconcluso el amor y las infinitas esperanzas del deseo
sin concluir siquiera esa novela, cuyo personaje, un escritor, deambula por
Iquitos
sin cumplir mis sueños ni los sueños de mis personajes

sin haber ido hacia las lluvias de Iquitos, atravesar el Amazonas
y desembocar en los mares de nunca jamás.

YOM KIPPUR

Perdóname por no haberte pedido perdón antes de que fuera demasiado tarde
antes que las gotas del amor pudieran escurrirse como el agua en el desierto.
Perdona el atuendo de mi imaginación y la desnudez de mi cuerpo
que poblaron mis palabras, el abecedario, el *aleph*, con lo interminable.
Perdóname por escuchar a solas el fragor del mundo
y quedar aterido de pánico frente a este desconocido universo,
la orfandad destilada a través de cada poro de mi piel
la danza frenética, la desmesura del alcohol y de la angustia
transmutada a veces en un concierto de mujeres
al rojo vivo y al descubierto.
Perdón por no haberme quitado el sombrero de la altivez
que estaba en mi cabeza desde la época de una tímida infancia,
la excesiva pertenencia a un país que no tendría que concernirnos
atado a mi cuello con el mismo peso que la piedra de un suicida.
Perdona que no haya elevado el cáliz de la belleza
ante el altar de nuestras risas, de nuestros placeres.
Perdóname por no haber sabido perdonarte como era debido
y permitir que la hiel del rencor se infiltrara en mi gastado corazón.
Perdón por el estrépito de nuestras impiadosas cóleras
desplegándose incansable hasta apagar la música de Piazzola y de Bach.
Perdónanos por ser los que fuimos y no ser los que hubiéramos deseado
en el pequeño fulgor de la eternidad
o en la inapelable muerte, su sinónimo.
Perdona esta súplica, este final.

Elegía por un centenario

A mi padre (28 de noviembre de 1912
-12 de mayo de 1982)

¿Alguien podrá recordar su discreta sombra
siguiéndolo fielmente hasta tomar la barca
y atravesar el turbulento río
donde lo esperaban, en la otra orilla,
los despojos inencontrables de su única hija?

Él creyó antes que nadie que llegaría el día
en que les sería necesario pagar más que monedas
por todas esas muertes recurrentes, sin que pensara en la suya
acaecida tan pronto sin duda por la otra.
Desaparición doliente en la videncia.

Un día tendrán que pagar, nos dijo
aullando en México la previsión de su agonía
antes de emprender la retirada
ese 12 de mayo de 1982
que fijó en un solo trazo adiós y clausura.

Y sin embargo nada de padre para ensalzar
en la escasa memoria de los muertos que seremos.
Estoico hasta el final por desgracia y dicha
le dijo a mi madre para despedir el vínculo:
No la pasamos tan mal dentro de todo.

Nada mal fue el decir de una forma del amor.
Hay gente, poca gente en verdad, que ni siquiera
puede balbucear lo que fue capaz de brindar a otros
con la secreta generosidad de quien no desea

ni reconocimiento, ni celebración.

En su agonía quizás se volvió el niño
que esperaba el regreso de su madre muerta
pues le habían dicho que ella volvería
y ahí se quedaba meses a la entrada de La Quiaca
aguardando al Caronte que la traería de regreso.

¿Con qué pincel, espátula o fulgor
pintar ahora los rasgos luminosos de ese hombre
que me legó su orfandad y desconcierto,
que engendró mi ser y al mismo tiempo
me abrió el camino hacia la nada?

Tamara Kamenszain (1947)



Nació en Buenos Aires. Es poeta y ensayista. En 2012 se publicó *La novela de la poesía* que reúne en un solo tomo nueve de sus libros de poesía publicados. El último, *El libro de los divanes*, se publicó en 2014. También es autora de seis libros de ensayos. Recibió, entre otros, el Primer Premio Municipal de Ensayo, la beca de la Fundación Guggenheim, el Premio Konex de Platino, la Medalla de Honor Pablo Neruda del Gobierno de Chile, el Primer Premio de Poesía Latinoamericana Festival de la Lira, el premio de la Feria del Libro de Argentina al mejor libro publicado en el 2012 y el Premio Lezama Lima de Cuba. Sus libros han sido total o parcialmente traducidos al inglés, francés, portugués, alemán e italiano.

1.

Odio Buenos Aires.
Su luz mortecina magnifica
la vaguedad
de estos versos que ni siquiera son
letras de tango.

Que quede como odio
toda intención de decir
«mi ciudad»
en el condensado muerto de su luz
yo ya no escribo
ni me seduce
el ánima pobrecita de sus barrios
deambulo sin ningún tipo
de sentimiento
yiro insensible

por esta noche de lápices
por esta humedad que me acalambra
la resma de papel.

(Mejor en mi casa
y apago la radio)

Que la música se vaya muda
y las palabras no alcancen
para borrar el amargo.
Es un decir.
Mejor me duermo
con la estampita en la mano
una postal la tengo en la cabeza
toda iluminada
arrugo el obelisco en el fondo
y rezo para mí por vos
mi Buenos Aires.
Querido.

(de *Tango Bar*)

2.

Contracturas de mesa de luz
vaso del agua mansa
sutura iluminada en las persianas:
todo parece un tango.

Escribir es igual a pasarse de moda
envejecer en Darío
dejar que se engañen de uno

los otros. En un poema de Néstor Perlongher
alguien se pregunta
¿Qué es para mí Domínico, qué es Quilmes
qué es Ezpeleta con sus zaguanes inundados?.

Quedó sin respuesta
toda intención de decir
«mi ciudad»
el fantasma de Néstor en el suburbio
qué es para él
se pregunta hoy la calle desolada
que fue mejor dicho
si ya sus dichos pasaron de moda
te vas para no volver
amigo muerto en tu infancia
cuando escribir todavía era
una manera de preguntarle a alguien.

(de *Tango Bar*)

Kaddish

¿Qué es un padre?
Sueño que todavía lo tengo.
No me recen al oído
porque me despiertan.

¿Qué es un padre?
Sueño que todavía lo tengo.
Diez hombres lo invocan el lunes
en una ronda de inútiles
plegarias.

¿Qué es un padre?
Diez hombres lo invocan el martes
en un espacio sin él
su idioma
resuena extranjero.

¿Qué es un padre?
En mi casa de él
forman el minián.
Es miércoles
puertas adentro dormida
rezan hasta despertarme.

¿Qué es un padre?
El jueves voy a saberlo
porque siguen reunidos
en su nombre.

¿Qué es un padre?
Diez hombres no alcanzan
para cerrar el viernes
en un círculo masculino
que adentro me libere
huérfana.

¿Qué es un padre?
Con la primera estrella
llega el shabbat
y todavía no tengo respuesta.
Ellos se dispersaron pero yo
hija de Tuvia ben Biniamin
seguiré buscando despierta

para después
poder olvidarme.

(de *El Ghetto)*

NO PUEDO NARRAR

No puedo narrar.
¿Qué pretérito me serviría
si mi madre ya no me teje más?
Desmadrada entonces me detengo
ante un estado de cosas demasiado presente:
ser la descuidada que la cuida
mientras otros la descuidan por mí.
Son personas que me sobran
y la gramática se torna un escándalo
cuando ella que olvidó las palabras
adelanta su bebé furioso
con el fin de decirlo todo
aunque no se entienda nada.

(de *El Ghetto)*

EL PADRE DE LUCY COPIABA UN LIBRO AJENO

Se inclina sobre el cuaderno y con esfuerzo
va copiando una a una las palabras
del libro que tiene al lado.

LUCÍA LARAGIONE

El padre de Lucy copiaba un libro ajeno
mientras decía que lo estaba escribiendo.

En ese gesto senil la desmemoria del escritor
fuerza un homenaje doméstico
a lo que letra por letra tuvo para su vida
la trascendencia del asunto impreso.
Mi madre también se copia de lo que era
mientras yo plagiando al plagiario
trato de pasar en limpio ese diario de vida
que la autora de mis días escribe como puede.

(de *El Ghetto)*

SOY LA OKUPA de mi propia casa
desde que la propiedad se fue de mí
ya no tengo escritura y como en los sueños
la puerta de entrada me espera afuera
para que todo empiece de nuevo
atravieso de canto esa hospitalidad
atrás de los cuadros debajo de los muebles
se aquerencia un techo nuevo
donde hubo hogar quedan fotogramas
vos tú él el hombre con la cama doble
mudado por el cuarto a la deriva paso a paso
los libros del living lo siguen arrastrados
en un maletín que se desfonda y es en el baño
donde la mochila ruge por última vez.
Hablo de un inodoro que nos traga lejos
hasta otras casas.

(de *Solos y solas*)

SOY SIN ELLOS la cenicienta en radiotaxi
todos en uno se libran de mi fiesta

la soledad da ese paso que arrastra con la música
el eco del eco de lo que pueden los letristas:
hacer una canción que diga lo que somos
nuestro sentir más íntimo
dos o tres palabras lisas y llanas
el camino más corto para llegar a casa
cuando la radio le enciende al del horario nocturno
una compañía. Su nuca me ve: estoy sola,
ni la llave me alcanza para sentirme dueña
de la cama doble.

(de *Solos y solas*)

La novela de la poesía
(fragmento)

El padre de mis hijos
fue un hombre de palabra
moribundo les decía a las enfermeras
cuando le preguntaban cómo se sentía
acá estoy en la dulce espera.
Maestro en el arte de decir
inesperadamente por sorpresa
lo que nunca nadie quiere escuchar
ese hombre se estaba yendo
a parir su propia muerte.
Pero cómo hablar de la muerte de él
si mis hijos mis ojos los ojos de ellos
puestos en el pasado miran el futuro
ellos que nacieron en una generación
donde el reality show da miedo
ellos seguramente quieren saber

si es verdad o es mentira
lo que una madre escribe.
¿Cómo hablar de la muerte entonces
sin haberse muerto?
Cuando ellos descuenten mi tiempo
el tiempo de su padre volverá a visitarlos
y otros duelos otros sueños
de infancia revisitada los fortalecerán
para la vida por fuera lejos
de mi cuaderno a rayas.
Por eso por ellos digo:
no hablé y no creo que hable
por ahora.

(de *La novela de la poesía*)

EL LIBRO DE LOS DIVANES
(fragmento)

Los artistas presos en Terezín
hicieron dos tipos de dibujos:
los que el Reich les exigía para promocionar los campos
y los prohibidos que ellos escondían
entre sus ajados bártulos.
Dos caras de la realidad. ¿Cuál es la más realista?
Porque ellos parecían tener muy claro que el fin de sus vidas
iba a ser también una profecía del fin del mundo.
Por eso y solo por eso trabajaron con copia:
debajo de la ficción forzada que les impusieron,
en el íntimo carbónico de sus papeles privados,
encontraron por asociación libre una vía regia
un agujero freudiano de salida.

Así desmintieron la frase nefasta
porque ningún trabajo libera salvo que nada ni nadie
nos obligue a hacerlo.

(de *El libro de los divanes*)

EL LIBRO DE TAMAR
(fragmento)

Hacía tiempo que no te veía despertar
hacía tiempo que no me contabas lo que habías soñado
hacía tiempo que no nos leíamos uno al otro
ésa la historia de nuestras vidas
que tuvo lugar en un mismo cuarto.
Strand cuenta algo de una pareja
que es según él la prueba viviente
de que el libro no sobrevivirá:
sentados uno al lado del otro en el sofá
eran la copia, los cansados espectros
de algo que habían sido antes.
En cambio yo los veo y se me representan
hoy aquí ahora
como dos nosotros instalados de nuevo
en aquella vida de living
que mullía una música cómoda
en atardeceres de días agitados
con esos Beatles en el surco discos libros
compartidos como olas tapando un hogar
con hojas sueltas sobre escritorios voladores
por aquí y por allá páginas tuyas mías
escribiéndonos entre nos
pero para otros.

Yo a esta altura de mi vida
me siento obligada a ser clara
aunque nada ni nadie me lo pida.
En un poema de 1986 me puse oscura
para decir algo que ahora
diría de otra manera.
Transcribo parte de ese poema con el único fin
de poder usar de nuevo sin avergonzarme
la palabra sujeta:
«Se interna sigilosa la sujeta
en su revés, y una ficción fabrica
cuando se sueña.»
Para mí lo urgente a esa edad era
graduarme de mí misma retener
como diploma de adulta mi nombre propio
en una celda impersonal.
Para eso tuve que recurrir a la tercera persona
como si en verdad los sueños de la otra
los pudiera descifrar Tamara.

(inédito)

María Negroni
(1951)



Nació en Rosario. Se doctoró en Literatura en la Universidad de Columbia. Entre sus libros de poesía se cuentan: *Islandia* (Monte Ávila, 1994), *Arte y Fuga* (Pre-Textos, 2004), *Interludio en Berlín* (Pre-Textos, 2016) y *Exilium* (Vaso Roto, 2017). Varios libros de ensayos: *Museo Negro* (Grupo Editorial Norma, 1999), *Pequeño Mundo Ilustrado* (Caja Negra, 2012) y *El arte del error* (Vaso Roto, 2017); dos novelas y libros en colaboración con el artista plástico Jorge Macchi, *Buenos Aires Tour* (Ediciones Turner, 2004) y *Cartas extraordinarias* (con el artista Fidel Sclavo). Se le ha reconocido con, entre otros: la beca Guggenheim (1994), el Premio Internacional de Ensayo Siglo XXI por Galería Fantástica y el Premio Konex Platino en poesía 2014.

Escrituras

el arte es una cosa mental
pero tus manos
alzadas
a lo invisible de mí

como si fueran sordas
al tacto
de lo que no tendremos

quisieron abrir un cauce

y así fuimos un río
y nos íbamos
de la boca a la boca
sin más expectativa
que todo

y hasta pudiera decirse
que una ciudad perdida
se asomó a tu dibujo

mientras los cuerpos volvían
a saber eso que ignoran

NOCTURNO

nunca vi un cielo así
repleto de batallas
        a punto de ocurrir

como si hubiera una verdad
en algún sitio

o noche diminuta
para un concierto
inmenso

no sé de otra espiral
donde mi flor oscura
se tolere

        incluso plena
        incluso abandonada

MONÓLOGO INTERIOR

¿cosa busca la noche

cuando aquí prolifera
        tu ausencia más palpable

y yo me quedo en vano
        cada vez hacia nadie

eco de qué mármol
de qué aurora

luz de sombra de tu luz
que me naciera

o alegoría del oído

esa campana
repicando

por todo paisaje?

IV
(canon inversus)

una mujer espera
a la orilla del río
para decir lo que no sabe

y el río la ve y no la ve
y ella
en su desnuda inexperiencia
a punto de llegar a lo que busca
eso
que tal vez podría decir

pero no sabe
querer

canta

canta como dormirse
en el regazo del agua
que la escribe

como llamando
al río de su cuerpo
que calla de deseo
en la indecisa noche
            que lo inspira

y así
en la medida de las cosas
espera
            lo que ansiaría
            preferir

un líquido temblor
una música incumplida
para saber qué dice
cuando dice
no saber

otoño en la ribera
abiertamente noche

no hay
más historia que ésta

una mujer que invade
la página nerviosa del deseo
como una muerte atenta
a lo que vive
dentro de ella

esa impaciencia
por ser lo que sería
si el corazón hablara
tranquilo en su orfandad

y el río la ve
          y después no la ve

y ella
que ignora lo que supo
sin por qué
la inverosímil casa
de las cosas

canta
está cantando ahora
          como emprender un vuelo
hacia sí misma

y el río se va
se va la pena escrita
llevándose su imagen
a las tierras del mar
donde ella todavía
no nació
          y es ya una desinencia

(de *Arte y Fuga*)

V
(musiklexicon)

Vous cherchez trop à comprendre ce qui se passe,
cher Monsieur.
C'est un grave défaut.

JEAN COCTEAU

a ciertos besos
a la subida del invierno
es mejor no entrar
se ve demasiado
o demasiado poco

¿Usted sabe quién soy?
sí   una idea   una prisión arbolada
un gran lobo negro

¿qué clase de lobo?
mi pequeño sol de aquel lugar
esas nieblas

así es
todo tiene su sombra
su cuerpo
a medio hacer
había una vez una vez
una vez

¿hay alguien?

¿una niña
de acá para allá
de allá para acá
nunca más allá de?

entre lo que no llega y lo que ni siquiera
cabría esperar que llegue
todo y nada
la demanda absoluta
de la vida

a ciertos fríos
a ciertos besos oscuramente sueltos
mejor no entrar

no hay qué decir
no hay cómo no decir
lo que no hay

había una vez
un aquí
había un aquí
allí

¿Usted sabe quién soy?
sí la historia de la palabra nunca
el destello de una noche al frotarse contra otra

¿qué clase de noche?
una traición a la infancia

así es
todo tiene su cesto

de significantes rojos

esas nieblas
donde la pena adorna
la caminata inmóvil del poema
y el Deseo canta
lejos
muy lejos
el inconcluso cuerpo
de lo real

(de *Arte y Fuga*)

VI
(accidentien)

Buenos Aires no es
la ciudad de los amantes

al viajar
las flechas se distraen
el otoño
llega a un lugar equivocado
o no llega

los barcos
como pequeños cortejos
entre palabra y palabra
se beben el viento el odio
la triste rosa sexual

es difícil alcanzar

el enigma que se es

naturalmente
la confusión de estar en un cuerpo
nunca emigra
a lo sumo
Buenos Aires muere
como una ciudad inclinada

tienen miedo los barcos
a no poder salir
a no querer salir
de la jaula obscena del lenguaje

en realidad
nada ha empezado todavía
nada podría empezar
    cuando buscamos lo absoluto
y no encontramos sino flechas
distraídas

es así
no tan breve la cárcel
no tan breve el cadáver
de la rosa sexual

para salir hay que entrar
no por la izquierda
sino por la izquierda

los barcos mienten cuando escriben
    mienten cuando no escriben
las decisiones toman un cariz

un poco
trágico

oh Sócrates
            haz música

un motín
en el hogar del miedo
            no resuelve el enigma
del miedo del hogar

a lo sumo
como esas flechas que llegan
y nunca han existido

            las palabras
            mueren como deben

luz encerrada afuera
            ciudad que no he de escribir

(de *Arte y Fuga*)

VII
(intemporare)

ciertas músicas
hablan
            de lo que siempre no habla

            como un poema sobre nada
vuelan en la noche

de aquello que no existe
        o existe en la serenidad de las preguntas
        de un pájaro agraciado

canta lo que es
y se apresura a morir
para nacer de nuevo
al don breve del mundo

a ras del ala el canto
a ras del canto
        la flecha distraída
por su propio esplendor
y su desdicha

llueve
adentro de la música
la música es el mundo –dice el agua
la música es el agua–
        dice la sed que escribe
en el pequeño laberinto
armónico del cuerpo

        luz leída o cielo memorioso
que somos y no somos
en el inquieto río
de tu nada

ah vida
como otra infancia
esta vez más adentro
        el ruiseñor de sombra
        cruza el lenguaje

nota contra nota
tu lluvia hospitalaria
no sabe decir cómo es
y no importa

(de *Arte y Fuga*)

VIII
(quodlibet)

ir volver
de un adónde a un adónde

SUSANA THÉNON

es difícil aquí
no precisamente el Canto X
del Paraíso

¿y?
mucho mejor que irse
y después repetir
cada tanto
éramos *había*

a veces es tan raro
hay una máquina de guerra
per me si va tra la perduta gente

oh *eso*

juro que vomito
si escucho una vez más

todavía cantamos

no será para tanto
se trata de vivir ¿no?
hoy esto
        mañana lo mismo
hay un jardín arrasado
abril mueve memorias
eso es todo

bueno
        casi todo

a veces
también es hermoso
        la partera canta
en el hogar del miedo

        ¿será posible?

más o menos
siempre más o menos
te ordeno que sueñes   que sufras
que hagas el amor
más o menos

        así es
        domingo tras domingo
aquí o allá
la sombra al cuello
el inhallable
caracol

¿y después?

después nada

sin que nadie lo anuncie
un día cualquiera
aparece con vida
la palabra cuerpo

hay que ver cómo canta
la ciudad exiliada

(de *Arte y Fuga*)

ERA DE NOCHE o de día en mi biblioteca emocional. Primeras aventuras, casi graves, casi tristes, y el amor ni al Este ni al Oeste de la zona oscura. Sin consuelo, el monólogo de la vida. Tuve que parar al primero que pasaba y preguntar: ¿Cuál yo es yo? El hombre pareció desesperarse. Bajó las escaleras de un libro a otro, y empezó a desvestirme de mis frases de piedra.

*

En Berlín, entré por segunda vez como si yo misma fuera el muro que ha dejado de existir. *Graffiti* en las costras del cuerpo. Confusiones de muchacha del Tercer Mundo que perdió la fe en las revoluciones, talmente lista a sepultar al amor cuando locura ya no hubo que la ayudara a perderse. Tuve que insinuarme en estrechuras, ser otra respecto de nadie, renglón sensible, con una voz de aire delgado. Pasó una nena en bicicleta. Enseñame, le dije, cómo escribir lo que me extraña. Se alejó sin darse vuelta, liturgia erguida en mi estrella nómade.

*

Días en que me encierro con todo lo necesario adentro y ningún cielo afuera. Nada como la sensualidad de la nada. Por la calle, pueden pasar todas las alemanas del mundo hacia el contorno de alguna realidad tan irreal

como la mía. ¿Qué podría importarme? He aquí mi pedacito de infierno, mi derrota dulcísima: sentarme bajo el sol negro de mi propio cuerpo cuando las plazas duermen y es la hora del siglo XIX. Mañana te cuento cómo me fue.

*

Hoy no cayó ningún chaparrón ni llovió con sol. Ningún diálogo sordo, como tormenta en mí y fuera de mí. Me reí como tonta cuando vi en un espejo mis gestos de mudanza. Tuve que pararme a respirar. Tuve que hacer un esfuerzo para repetir los verbos de la pertenencia. Solo de noche pierdo las cosas para siempre y no me importa. Solo de noche extiendo las manos al vacío y lo doy todo a cambio del asombro.

*

A esto se reducen mis pecados traducibles a ningún idioma: no logré transformarme en militante sensual. Soy aún la chica diligente, organizando la carencia. ¿Alguna vez amó mi corazón? Rápido e intenso, el domingo llega, reparte golosinas, muertos, besos políticos, y cae en el país de lo irreal. Yo misma partida por el eje. Tomé vino a ver si así atraía un cielo protector.

*

¿Qué hacer cuando todo promueve la *felicidad verde*? Los miedos llegan a grandes bocanadas. Lo que es peor, se suben a la cama, con su voz de máquina soltera, su lección de tinieblas, como hilando motivos de un viaje sin motivos. Y después niegan lo que fui, mis sueños más feroces, su acústica ciega en mi hora de artista. Cascabel, cascabel. Se oye una música fósil. Me falta algo y no sé qué es.

(de *Interludio en Berlín*)

Rafael Felipe Oteriño (1945)



Nació en La Plata. Ha publicado once libros de poesía y el volumen de ensayos sobre poesía titulado *Una conversación infinita* (2016). Su obra poética se encuentra reunida en *Antología poética* (1997), *Cármenes* (2003), *En la mesa desnuda* (2008) y *Eolo y otros poemas* (2016). Primer Premio Regional de Poesía Secretaría de Cultura de la Nación (1985/88), Konex de Poesía (1989/93), Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (2009), Rosa de Cobre de la Biblioteca Nacional (2014). Ensayista y docente universitario, codirige la colección Época de ensayos sobre poesía. Es miembro de número de la Academia Argentina de Letras.

El nadador

El ágil golpe de piernas, la zambullida, los brazos
girando acompasados mientras la orilla queda atrás,
demostrarían, a primera vista, felicidad,
triunfo sobre lo natural estable;
          solo que el cuerpo ignora
setenta metros de oscuras aguas debajo
y peces que ríen del esfuerzo torpe, sin dirección,
y barcos que se bambolean repitiendo: «*todo vuelve*
a sus legítimos dueños»,
y líquenes ganados por una pereza fantasmal,
y la estrella, por fin, en el lecho que tanto buscó,
mientras en la superficie el nadador nada, nada.

No nací aquí

Yo no nací aquí pero el mar me hizo suyo:
a mí me atrapó esa planicie que está detrás de las olas,
la que florece oscura cuando llegan las lluvias,
la que no deja un solo día de rugir
y se balancea inmemorial como un parpadeo.
Yo no nací aquí pero el mar me hizo suyo:
yo no lo amaba al llegar pero ahora lo amo,
tiene el nombre de mis hijos que nacieron ayer,
la forma de mis manos que dibujaron la casa,
el amor y su sombra, la conciencia y el páramo.
Su historia no es mi historia ni aquí yacen mis muertos,
su lengua me era extraña hasta que empecé a pronunciarla,
éste fue mi lugar cuando aprendí a rendirme.
Aquí se cumple la sentencia que en el agua está escrita:
somos siempre los primeros a la orilla del mar,
a merced de olas que no escuchan más que su propio latido.

SITIOS

Dibujados por el hilo de seda que sube desde la cabeza
   hasta la rama donde se acuna la araña
o encerrados en la curvatura de la oreja
   emergiendo de la sombra como una pantera
   o un cuerno de caza
o mencionados o contados, sencillamente, en la mesa verde
   por los cuatro comensales
   que huyendo del mundo encuentran la lluvia,
   que lo hace todo aún más irreal,
o con un zumbido balanceándose en las hamacas
   donde solo ha quedado el corazón y tiembla:
sitios cantados, mensurados, ocultos,
sitios húmedos, bravíos y deseados, inundados

por un agua hecha de roces,
por líquidos transparentes y efímeros.
Mira mis manos: no es posible retomar el pasado,
no es posible convocar el recuerdo,
esos sitios no existen, los inventó una alquimia endiablada
que ahora ríe en la copa de los árboles,
y habría que buscarlos entre las ramas, debajo de la lluvia,
en el huevo que amaneció junto a la ventana
como un bailarín bárbaro,
y seguramente no los reconoceríamos.

Hija en la hamaca

El balanceo de mi hija en la hamaca
me habla de la vida:
su cuerpo pendiente de una rama;
sus manos aferradas al imperio
de un invisible azul;
los pies deslizándose en el aire
como en la tierra.

Se parece el invierno con su vara de hielo;
se parece el verano, tan antiguo.
Visible, invisible
–de pie, hasta la flor más alta–,
abriendo y cerrando los ojos,
queriendo llegar.

Ese ir y venir sobre azucenas,
sobre siembra y dolor, sobre murallas,
mientras en la sombra
cabecean los ancianos,

y en la copa del árbol
habita un susurro.

(Ese vaivén: que no se apague,
que la estrella no caiga
esta noche,
que no se detenga).

Todo, desde la hamaca, se ve,
todo, desde la altura, se aleja.
Salta en el agua un pez,
hay primavera en la rama.

El balanceo de mi hija en la hamaca:
la vida y, también, la muerte,
en este rincón del parque.

Ante una tumba con nombre

a mi madre

Esta piedra escrita con su nombre
lo dice todo muy claro: la vida concluye
sin profundidad y sin extensión.
Las tibias manos terminan aquí,
las mañanas e incluso el mar
aquí se adelgazan hasta convertirse
en una breve línea de polvo y sombra.

Ahora soy yo quien no tiene consuelo:
todavía abrazado a la tierra
observo las pequeñas flores amarillas

que se inclinan hacia donde aún queda sol.
Entiendo su miedo: sujetaba mi libertad
para que no viera estas imágenes fijas.
Para que yo no empezara a morir.

La caverna

Tiene la sustancia del mundo: la oscuridad.
Una boca por entero abierta,
silencios de gigante que no se apagan.
El viento ha arrojado allí unas pocas palabras y las repite,
pero no son más que palabras, pues no regresan.

Yo permanezco a su lado: del lado del fuego.
Custodio la entrada y me observo
recortado en la sombra (no soy más que sombra).
Tengo la sustancia de los hombres:
curiosidad y entrega, orgullo y obstinación.

Visible, invisible

Miraba a través de las ventanas
y nunca era lo mismo;
el paso de los hombres y los animales,
las nubes por encima de la cabeza:
todo era distinto cuando lo miraba por segunda vez.

Lo que a la mañana fue dardo, grano de trigo o bola de billar,
a la noche era fósforo
y se mantenía encendido como el mismo sol.
La propia sombra era una figura desconocida,

recortada en el suelo.

También la lluvia era otra, ¿quién podía reconocerla
por sus largos silbidos?,
¿qué la mantenía unida a la infancia?,
¿qué hizo que fuera consuelo y no abrigo?
¿Qué hay, fuera de foco, entre el presente y el pasado?

La vida toma de la vida su insistencia.
Todavía ensombrecida,
no cesa de sustituir lo visible por lo invisible,
y de dar a lo invisible
forma de pájaro, de pez, de lirio joven: de rostro.

SEGUNDA NATURALEZA

El amanecer comienza, como siempre, en voz baja.
Lo acompaña un trino que, con el paso de las horas, se apaga.
Entonces entran los grandes autobuses,
palas mecánicas y grúas a reinar sobre el planeta.
Un taladro avisa que el mundo ya está en marcha.

En el silencio de la habitación continúa aquel trino,
aunque solo esta página lo escucha.

Levanto la vista
y sobre la pared cuelgan fotografías de familia.
Cuadriculan el tiempo, lo fijan: es su modo de reinar en el silencio.
Pero padre, madre, abuelo, hermana, no están allí.
Son como esos pájaros del amanecer
que una luz, casi dorada, despierta.

Hojas de papel, paredes blancas: escudos contra la desaparición.

NOMEOLVIDES

Acostumbro
a recoger para ellos *nomeolvides*,
pequeñas flores de octubre
que se prenden a la solapa
como abrojos.
En la piedra no hay nada
que las sujete:
ni el pocillo con agua
donde las sumerjo,
y que de ordinario se seca
tras mis pasos.

Tal vez sea mejor así:
que duren el instante de llevarlas,
apenas la decisión
de ponerlas junto a unos nombres
que solo yo
deletreo hasta el final.
Sí, tal vez lo importante
sea solo eso:
que mantenga la promesa
de llenar los vasos
y no derramar el agua.

ESA CIUDAD

Esa ciudad se apaga cuando me duermo:

las ventanas ya no reflejan el sol,
los semáforos dejan libre el paso de los autos,
las sombras vacilan unos segundos,
atraviesan una puerta y desaparecen;
sobre el mantel, el crucigrama está resuelto
y una mano dobla las páginas del diario.

Nada de lo habitual permanece en pie:
los tranvías giran veloces,
se enturbia el agua de los jardines,
un velo de ceniza se extiende sobre las plazas,
cubriendo el lago, los botes y los remos;
el verde del bosque desaparece.

Arrebatados por una nube,
quedan más solos los animales del zoológico;
se ausentan, de pie, las estatuas,
mientras un viento repentino dispersa los colores
y borra, ya sin luz, los cables del teléfono
y el borde cansado de las cosas.

Pero, ay, todavía queda algo que no he dicho:
esa ciudad continúa dentro del sueño.

PARÁBOLA

Aparece de pronto en el horizonte, con grandes bocanadas de humo blanco. Deja a nuestro lado su estrépito de hierros calientes, y va directamente al corazón del más joven.

Pero una ventanilla, que dura apenas un segundo en la retina, nos dice que hay más en las entrañas, hacia donde ella va. Más de lo inmenso que gira en

sus ruedas; más de lo finito que se consuma en los rieles.

El joven la tiene ahora en sus manos y comienza una tracción que dura años: tomarle la fiebre, acunarla despacio, enderezar el ojo bizco. Mientras el maquinista ajusta los relojes, para que el universo prosiga su viaje.

Gratitud y palabras quemadas es lo que queda de la vida.

HISTORIA FAMILIAR

He vivido más de lo que pensaba
y ahora soy yo quien cuenta la historia;
desaparecidos todos ellos,
puedo darles forma de lirio joven o pez,
o lanzarlos a caminar sobre una cuerda,
y nadie me lo discutirá;
mudar fechas, fraguar abrazos,
hacer ruido en los cuartos y descubrir tesoros,
y nadie me los disputará.

El pasado flota igual que un iceberg,
la estación a la que íbamos
sigue cerrada por brumas, como entonces,
el presente y el futuro forman un espejismo
ante el que nos inclinamos y veneramos.
También a punto de extraviarse,
todavía no han comenzado
su deslizamiento hacia abajo.

El este y el oeste son rutas en el mapa,
pero algún día ya no lo serán;
credos y disputas se borrarán como rostros,

y otros intérpretes más audaces
retomarán la historia
con sucesivas y bien dibujadas erratas.
Y serán –como ahora lo soy yo–
acróbatas en un laberinto:
los últimos y los primeros en contarla.

Susana Romano Sued (1947)



Nació en Córdoba. Es licenciada en Letras Modernas y en Psicología, por la Universidad Nacional de Córdoba y Doktor der Philosophie por las Universidades de Mannheim y Heidelberg de Alemania. Entre sus poemarios se cuentan *Verdades como criptas* (1981), *El corazón constante* (1989), *Decantar* (1990), *Escriturienta* (1994), *Nomenclatura/Muros* (1997), *Algesia* (2000), *Mal del siglo* (2001), *El Meridiano* (2004, 2007), *Journal* (2009), *Parque temático y otros poemas* (2011), *Algo inaudito pasa* (2014). Su libro *Pour Mémoire* (Argentine, 1976-1983) en versión bilingüe en Des Femmes-Antoinette Fouque, recibió el Premio Venus Khoury Ghata al mejor libro poético de Francia 2017. www.susanaromanosued.com

La expulsión

Él me dice que me ama
que otra vez iremos por mar
y nada me retiene allá

Ser desconocida me apena
ser reconocida me quema
y todo me retiene acá

Traigo los hijos dentro
cargo los hijos fuera
madre y padre se han clavado de este lado
apisonando aprisionando
tierra a puñado tierra a puñado
poco sueño poco suelo
pronto comienza el vuelo

no descuides el lugar
la escritura
la cordura

Traigo los hijos en la palabra
cargo los hijos en la mirada
ellos vienen

Dice unas voces de amor
que no convencen
el pequeño enloquece en la ventana
duerme en el otro cuarto
cuando vienen
llama y llama
padre y madre se suceden
madre y padre se enmudecen

Ella no habla ella no calla
pero no dice
y sella

Nadie habla del muerto
de quien no está
hay un hoyo que no es un lugar
tono menor y tácito

Traigo los hijos en residual
cargo los hijos en el mutismo
no quieren venir no quieren andar

Dice una nueva palabra para consuelo
de timbre oscuro y sentido al vuelo

fila la lengua fino el cuchillo

Traigo los hijos en el señuelo
cargo los hijos desde mi suelo
ellos se quedan y nos saquean

Pero ese mar que me separa me quita el nombre

Haga las paces
hágase cruces dice la santa
yo mezclo el signo y la hierba maga
pero los hijos siempre traídos siempre cargados creen en nada

El mayor se venga
el menor se quede
desapadrado no desespera de ese lugar

Traigo los hijos por la espalda
cargo los hijos en la palma
No me ames digo
que no me cortes el ombligo

Replico y ciego
con este paso
con este beso
con este pago.

(de *El corazón constante)*

CUESTIÓN DE GRADO

La aspiración retrocede y cede al cabo:

a posición erguida el acostado
a tuerto el ciego
a manco el desmembrado
a golpe de bastón el mutilado
a hermano el desmadrado
a susurro el deslenguado
a lepra la gangrena
a maduro lo podrido
a humano el preso
a preso el desaparecido
a nombre propio el enterrado.

(de *Escriturienta)*

MURO DE MUROS

hay un hueco
en el recuento de los héroes
escrito con lejía

es la épica borrada de la ciudadela

quién llenará los blancos
que se agolpan contra las listas de las epopeyas

quién

cada página es un muro

(de *Nomenclatura/Muros*)

CAP. UTENSILIOS

VI

Con este cuerpo se nace de otro cuerpo
de una brasa soplada por el aliento frágil que se copia al viento

allí se anotan las memorias que anclan en el mar del ojo
y el cuerpo arrastra consigo el mal de ojo
y los espectros de los cuerpos marcados con tesón en el ADN

Con este cuerpo se entra a la casa
con este cuerpo se sale de la casa
con este cuerpo no se vuelve nunca a la casa
y es un cuerpo sin nombre que agita la entraña de tierra

con este cuerpo que no descansa en paz

X

Con esta soga se hace patíbulo de orcas
se hace nudo, canasto, rebenque
aro de cadalso de delfines

Con esta soga se trenza la pena de muerte
pita, sisal, cáñamo
se ajusta la loca
y la cuerda
y se junta la mano que adorna la soga con el puño y la pulsera

con esta soga se hace traílla

y se suelta el envión del esclavo

(de *Algesia*)

La escritura del desastre

Corto se viene el plazo
Corta la escritura del desastre

Y las medidas cortas
Del lugar de la poesía

Y todavía
El Libro que vendría
No ha venido
A este espacio ralo

Ni lentes ni teodolitos
Van a dejar tranquila
La escritura del desastre
Tanteada en las alarmas de la noche

La brisa tanteada por la noche
Rodea los recuerdos
Con las veletas ciegas
Cascando el aire

Ardés en la cubierta
Adonde todos bailan
Porque todo se ha ido

Menos lo que vendrá

(de *El meridiano*)

Diario de amiga

El aire le habla al junco
lo rodea

Un trazo leve
como una cinta leal
enlaza y adorna junco y aire

Mientras poso la mirada en tu andar
retrocedo para avistar tu silueta
móvil en cada paso que das
hacia el porvenir

Tenemos tiempo
dices
y es un tiempo hacia adentro

Visitamos ese tiempo
con las miradas enlazadas

No hay promesas
No es necesario

Cambiamos palabras
y en el fondo del tiempo
está· la borra
Leemos el destino hacia lo hondo

Amistad

dices
está hecha de alma
            Amistad,
digo,
es la confianza conjunta
en la palabra dada

El aire se hace ligero

Nos rodea un aire
como al junco

Buceamos
en la hondura gregaria
la palabra compartida de la poesía

(de *Journal,* «Diario de las cosas»)

SEXTINA DESVELADA

Por rendirse la voz en letra y velo
se oculta vano tras la rima un rostro
deja escapar un silbo en tardo gesto
consonante el vacío de su cuerpo
descansa luego al hálito del canto
y hospeda el verso cual si fuera un lecho

Convida a la dicción el mismo lecho
sin desestima por el tenue velo
Más bien acrece la avidez del canto
y a cada oscuridad le asigna un rostro
habido en la retórica y el cuerpo

que sustrae del mundo el propio gesto

Inocente de herencia llega un gesto
al tono metafísico en el lecho
para juntarse el alma con un cuerpo
se desata el rumor y oculta el velo
afligido y extático del rostro
empero su garganta trama el canto

Al desdoblar cual eco altivo un canto
de camino al ocaso. Merma el gesto
sin párpados traslúcidos el rostro
Y así desnudo el verso colma el lecho
desasido, liviano de su velo.
presto a la mansedumbre llana el cuerpo

pero vence el impío el mismo cuerpo
al profanar osado todo el canto
que apenas se adivina tras el velo
pues guarda indigno y hábil con el gesto
posado levemente sobre el lecho
y opaca el brillo que abrasaba el rostro

La anáfora amarga parte el rostro
y luego lo secciona de aquel cuerpo
La síncopa se escancia bajo el lecho
se acompasa la rima desde el canto
disonante letargo adorna el gesto
y hasta desborda el tropo tanto velo

(de *Parque Temático y otros poemas*)

CONTERA

Dando el velo un matiz al ronco rostro
decanta el cuerpo llano a puro canto
y augusto el gesto descansa a ras del lecho

(de *Parque Temático y otros poemas*)

ALGO INAUDITO PASA

Algo inaudito pasa: es el soplo de Scardanelli al volver griego el germano
O Sófocles auditando a Hölderlin de oído

Oyentes y coros en pasarelas auscultan y percuten en el ritmo trocaico
Metacarpo contra la piel si es hueco se hace audible
Y el gran caracol ampara el reverbero de los huesos del esqueleto parlante
De la larga vida femenil

Por pasar a mejor vida: pasar por delante el juez
de largo. Pasar a pie sin oír, y obedecer
Pasar de vivo y por vivo y pasar sobre la barca
desde un lado y hacia el otro con la moneda y la marca
parca lengua hacia otra lengua
Pasar de manos las cartas

No pasar de voz a letra
Audición para enemigos
Traspasar rejas del habla
Pasajear rendidas cuentas
En Portbou de Benjamin
Pasar por esto y lo otro
Por aquél y por aquélla

Sin remedio y redimido

Pasar por alto la orden
Con la debida obediencia
Pasar por armas
conciencias
Pasar por santos sin seña
Pasarte a paso en la estrofa
de una endecha o elegía

Pasar revista y al paso
Propasarse en el oído
Sobrepasarse en el pase
fronterizo entre fantasmas, entre símbolos e imágenes
Pasar de letra a la voz
Repasar la partitura entre las pausas de Cage
Diotima en Coloratura
Al pasado en letanía
Caracolas oidoras del pasar algo inaudito
Justeza de diapasón: algo maldito pasó
Y yo escucho y obedezco
Según concierne
Auditor

(de la antología *Algo inaudito pasa*)

Paulina Vinderman (1944)



Poeta y traductora. Nació en Buenos Aires. Ha publicado trece libros de poesía, entre ellos: *Rojo junio*, *Bulgaria*, *El muelle* y *La epigrafista*, reunidos luego en varias antologías: *El vino del atardecer* (Buenos Aires), *Transparencias* (Bogotá) y *Los gansos salvajes* (PD Ediciones y Universidad de Nuevo León), son algunas. Ha recibido el Primer Premio Municipal Ciudad de Buenos Aires, Premio Citta de Cremona (Italia), el Gran Premio de Honor Fundación Arg. para la Poesía y el Premio EA Echeverría. Tradujo, entre otros, *Tulipanes* de Sylvia Plath, editado por la Universidad de Nuevo León. *Bote negro* fue traducido al francés por Jacques Ancet (LettresVives) y *La epigrafista*, al italiano por Alessio Brandolini (Fili D'Aquilone).

La equilibrista

a la memoria de Raúl Gustavo Aguirre

La equilibrista mueve su sombrilla
y su pie aletea sabiamente hacia adelante
y hacia atrás, hocico de luna dentro de su zapatilla
con lentejuelas.
Nadie sabe en las gradas
de sus ojos ahumados porque su amor ha muerto.
Y ella piensa, mientras los tambores
suenan lejanos desde el foso,
a qué regiones de trampa puede llevar
el dolor,
cuando la misma ceremonia de homenaje
ha de cumplirse
tanto si adelanta el pie sobre la cuerda
porque la vida espera

o si se deja caer, burbuja de color,
con la sombrilla cerrada como paracaídas inútil,
a un oscuro suelo, a su compasión.

(de la antología *Del vino del atardecer*)

La dama del mediodía
(poema sin adjetivos)

a Edgar Bayley

La dama con sombrero de paja
camina desde el sol
hasta mi mesa en la arena.
No puedo ver sus ojos ni sus manos
pero sé que el mar
se incluye en su vestido
y su cintura se balancea
como las olas de aquella tarde.
Había roto mis uñas buscando almejas
solo para dejarlas otra vez en su lugar
y no había tenido fuerzas
de construir castillos.
(La gaviota había muerto,
era plumas y pico en la brisa de las seis.)
La vida no es más que eso, pienso,
la lucha para no ahuyentar para siempre
a la dama del mediodía
–vestido de mar, balanceo de cintura–
sin siquiera haber reparado en sus pies.

(de la antología *Del vino del atardecer*)

Postdata

Y todavía no te he hablado del
deterioro del correo en esta oscura provincia
del imperio.
El empleado únicamente gruñe
recostado contra un almanaque del año anterior
(un fondo excesivo de flores, vacas y montañas)
pero ahora lo enamoraron los destinos de mis cartas,
sonríe –algunas veces–
y puedo apostar que piensa en mí
cuando cruza los puentes rumbo a su almohada.
Uno puede adueñarse de los sueños de otros
para no morir, uno puede aceptar la vida como una
representación del deseo.
Así es que sin turbulencias, invento falsas
cartas a escribir –
exóticos remitentes en la mañana que tiembla–
y ese hombre y yo
volvemos a ser porosos, invencibles,
por un rato.

(de la antología *Del vino del atardecer*)

En ninguna parte

Es una extranjera en su ciudad.
La delatan su furia, su pasión por narrar,
el uso de palabras que atesora como talismanes
bajo la lengua quieta:
zapote, encarnadura, cielo mayor,
tiene miedo a olvidar.

Las luces se hunden en su insomnio
como piedras contra la argamasa en el imaginario.
El mundo se interrumpe en cada carta que
espera
y solo canta en sueños, los puños apretados,
quién sabe qué canción que huele a flores
o a la sordidez de algún bar, donde alguien le cuenta
su vida,
el hocico húmedo contra su oreja paciente.

Ella teme olvidar pero el gran olvido la espera
junto al río.
«Perderme en un bosque, morir por amor,
no diluirme como la témpera en el vaso, no ser
Diego de Zama en la ribera».
Regresa por calles bajas, temerosas,
se cruza con un afilador en bicicleta.
«Malecón», murmura.

Definitivamente, está perdida.

(de la antología *Del vino del atardecer*)

BLACK MASK

En la novela negra
ella no se enamoraría del asesino,
sería la torva ingenua bailarina de cabaret
o la dulce –nada ingenua–
muñeca con ojos como ciervos, pelo
para agitar en el viento entre las acacias.

En la novela negra
no podría jamás cruzar la línea,
bajo su respiración
estarían los muros amarillos,
la seducción de un héroe al que abrazar.

Y ya no importaría la tensión del poema
o de su espalda
soportando el mundo.

En la novela negra ella no tendría esta asfixia,
este estribillo que envejece
a medida que come de su pan
y abre los brazos en la oscuridad
en un escándalo incumplido.

Si algo la habita
es la memoria de un puerto insignificante
y caluroso
donde la muerte no era un estallido
sino una conversación, una clara evidencia.

(de la antología *Del vino del atardecer*)

LA MUERTE DE LA IMAGINACIÓN

Lo que más temo es la muerte de
la imaginación.

SYLVIA PLATH

El corazón no tiene quien le escriba,
nadie se atreve a cruzar la noche remando

en la intemperie
(nadie se ve)
Y si no fue más que un amor negro, susurrante
que nada da,
el viaje más lejano fue el de mi cabeza
hacia su hombro
(el más inútil)

La rama golpea en la terraza
pero es solamente oscura. El miedo
se sienta a comer un pastel en la cocina
(y dice que es real)

¿Alguien pudo tocar a la desesperación?

Terciopelo, papel de diario, una lata oxidada,
no hay vacuna contra las superficies.

El mundo es un hueco tapado con barniz
(y no respira.)

(de la antología *Del vino del atardecer*)

El enfermero jefe me entrega tu anillo
(tu anillo de boda)
y camino después por los corredores apaciguados,
entre las fogatas,
con una estrella amarilla sobre el corazón.

No volveré al hospital.

Me demoro en las pobres lámparas
del subsuelo, las pobres lámparas que
desde ahora serán toda mi luz sobre el
libro a leer: miles de hojas con letras tan apretadas
que no pueden cantar.
Buscaré la Liebre, en el cielo sin nadie,
buscaré en la noche tu pueblo.
Mi manera de aproximarme al mundo
cambiará.

Mañana, soledad, palabras que se vuelven
jeroglíficos.

Te escribiré.

(de *Hospital de veteranos*)

A LA LUZ de la antorcha que Ohme sostiene,
el bisonte resplandece.
Me he esforzado en sus patas y en hacer oír
la sombra de su rojo sangre.

Un poco más, un poco más, y será una presencia,
así dicen.

Mi cansancio es triste
cuando suelto la espátula de hueso.
Ohme es feliz porque ha aprendido el sonido
del color.
¿Soy solo yo?
¿Solo yo siento en mi estómago la ausencia?

Me he convertido en un pintor de ausencias.
No soy el animal, el animal no es.
Vivo para esta hecatombe:
buscar el lugar anterior al mundo,
como perro lobo que aúlla en la noche.

a los pintores del Paleolítico

(de *Cuaderno de dibujo*)

QUIERO LA CONFIANZA de la noche para mi lápiz.
Por eso espero.
La falta de luz convertida en algo concedido,
no arrebatado.
¿Cómo llegar, sino, a lo que no está aquí?

El pasado (mi segundo corazón),
los jardines de locura, las flores de trapo
contra el sol del desierto.
La nostalgia enfermiza del lugar donde
jamás estuve.

Y la seguridad, ese falso dios al que nunca
sacrifiqué nada.

La confianza de la noche.

Para los ratones de campo, para el búho,
para el sueño del Rey rojo en su bosque,
mi bosque.

(de *Cuaderno de dibujo*)

CARAVAGGIO amaba la noche.
Atrapaba la luz igual que una estrella
en su agujero negro y conseguía hacer visible
esa luz de otro mundo.

Pastor de oscuridad,
los rostros emergían solidarios,
de su vela, en pleno misterio de creación.

Antes del olvido.
Antes del mar.
La vida profunda como una herida
en la crueldad del mundo.

Pintaba su propia muerte en cada
cuerpo soñado.
Pintaba el deseo con su pincel salvaje,
con su corazón asustado.

(de *Cuaderno de dibujo*)

Sí, LUZ ES LENGUAJE, dice Marianne Moore.
La luna vistiendo un campo
con su mar de granito.
Mi velador tierno, casi ingenuo en la
noche caliente.
El faro en mi agua de infancia.

Luz es lenguaje. Ella crea la palabra
oscuridad y la confusión del dolor,
que espera la taza de la mañana.
En una ciudad tan desalmada como
los presagios.

Ciudad sobre ciudad sobre ciudad.
Rompecabezas cubista que destruyó mi bosque
con el color como señuelo.

(de *Cuaderno de dibujo*)

¿Qué quiere la canción? A esta hora de pájaros,
en la mitad de la muerte del invierno.
Cuando son las hojitas las dueñas
de la música, tocando el aire antiguo,
irrepetible.

¿Qué quiere la canción?
Enmudece mi pluma mi boca mi pincel,
como si el mundo lo pidiera.
Él, que ama tanto el silencio
entre preciosas (precisas) estrellas
a punto de estallar.

(de *Cuaderno de dibujo*)

Me separo de la muerte pero no de
la desaparición.
Hablo de luciérnagas, de caballos oscuros

y baldosas de infancia.
La búsqueda del tesoro en la página me hizo
imaginar la caída de la luna en el lenguaje.
Guijarros secos, mares olvidados, un escarabajo
jugando a la pelota con el sol.
Detrás de sus siete vidas, el gato de Cheshire
pide otro camino, otro dibujo: una rama que oscile,
las canciones de la mujer del pastor en las
madrugadas frías.

(de *Cuaderno de dibujo*)

La oscuridad también es lenguaje, dice.
Lenguaje de olvido, de agua detenida,
camino adivinado.
No, no es un dialecto, me reprende.
¿Acaso no caminaste sobre sombras
desde siempre?
(ese desconocido, tu sombra).

Un idioma de glifos o de líneas que
se confunden con grietas del tiempo.
Claman por él.
Pequeñas magnolias marchitándose
sin que hayamos visto su fiesta del mundo.

No contesto, saco punta al lápiz
y no contesto.
¿Acaso no eras epigrafista?, insiste.

(de *Cuaderno de dibujo*)

La luz siempre es antigua, dice Banville,
porque tarda en llegar.

Todo lo que vemos es pasado.

Hacen falta respuestas
para las adivinanzas de la vida.
Y es el pasado la respuesta.
El pez que dibujo tuvo escamas verdaderas,
mis uñas son escamas verdaderas.

Ah, dibujar el torpe pequeño pez
de color ceniciento
es la pobre inmortalidad de mi taza de sueños.

(de *Cuaderno de dibujo*)